

A surreal illustration of a grand hall with a large chessboard on the floor. The chessboard is in the foreground, with white and dark pieces arranged in their starting positions. The hall is long and narrow, with ornate walls and a high ceiling. In the background, three people are seated at a table, looking at a chessboard. The lighting is warm and golden, creating a dreamlike atmosphere.

Stefan Zweig

Novela de  
Ajedrez

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **NOVELA DE AJEDREZ**

**STEFAN ZWEIG**

**PUBLICADO: 1942**

**ORIGEN: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## NOVELA DE AJEDREZ

En el gran transatlántico de pasajeros, que debía zarpar de Nueva York a Buenos Aires a medianoche, imperaba la habitual actividad y el ajetreo propios de la última hora. Los huéspedes procedentes del interior se apiñaban para despedirse de sus amigos, los telegramistas con gorras torcidas lanzaban nombres a viva voz por las salas sociales, se arrastraban maletas y ramos de flores, los niños corrían curiosos de un lado para otro por las escaleras, mientras la orquesta tocaba imperturbable para el espectáculo en cubierta. Yo mantenía conversación con un conocido, algo apartado de aquel tumulto en la cubierta de paseo, cuando junto a nosotros destellaron dos o tres veces destellos de flash—al parecer, algún famoso había sido entrevistado y fotografiado apresuradamente por unos reporteros justo antes de la partida. Mi amigo miró hacia allí y sonrió. «Tienen a un ave rara a bordo, el Czentovic.» Y puesto que yo, aparentemente, mostraba un rostro bastante incrédulo ante tal anuncio, añadió explicando: «Mirko Czentovic, el campeón mundial de ajedrez. Ha recorrido toda América, de este a oeste, con torneos, y ahora se dirige a nuevos triunfos en Argentina.»

De hecho, ahora recordaba a este joven campeón mundial e incluso algunos detalles relacionados con su vertiginosa carrera—mi amigo, un lector de periódicos más atento que yo, pudo complementar la información con una serie de anécdotas. Hace aproximadamente un año, Czentovic se había colocado, de un plumazo, junto a los más consagrados maestros veteranos del ajedrez, como Alejjin, Capablanca, Tartakower, Lasker y Bogoljubov; desde la aparición del prodigio de siete años, Rzecewski, en el torneo de ajedrez de 1922 en Nueva York, nunca la irrupción de un completo desco-

nocido en la ilustre hermandad había causado un revuelo tan generalizado. Pues las cualidades intelectuales de Czentovic, lejos de anunciarle una carrera tan resplandeciente de entrada, daban a entender lo contrario. Pronto se filtró el secreto de que aquel maestro ajedrecista en su vida privada era incapaz de escribir una frase en cualquier idioma sin cometer un error ortográfico, y, como se burló de manera severa uno de sus molestos colegas, «su ignorancia era, en todos los campos, de carácter universal». Hijo de un capitán de barco del Danubio de sangre fría, cuyo diminuto bergantín fue arrojado una noche por un vapor de granos, el entonces niño de doce años fue acogido con lástima por el párroco del remoto lugar tras la muerte de su padre, y el buen cura se empeñó en compensar con clases particulares domésticas lo que el perezoso, torpe y de frente ancha chico en la escuela del pueblo no lograba aprender.

Pero los esfuerzos resultaron en vano. Mirko contemplaba, una y otra vez, con extrañeza los caracteres que le habían sido explicados ya por cientos de veces; incluso para las materias más sencillas, su lento cerebro carecía de la capacidad de retención necesaria. Si tenía que hacer cálculos, a los catorce años tenía que recurrir siempre a sus dedos, y leer un libro o un periódico representaba para el precoz muchacho un esfuerzo especial. Sin embargo, a Mirko de ningún modo se le podía calificar de desidioso o rebelde. Hacía obedientemente lo que se le mandaba, traía agua, partía leña, trabajaba en el campo, ordenaba la cocina y cumplía, de manera confiable, aunque con una exasperante lentitud, cada labor asignada. Lo que más irritaba al buen párroco del testarudo muchacho era su total indiferencia. No hacía nada sin una orden expresa, nunca hacía preguntas, no jugaba con los demás muchachos y no buscaba por sí mismo ninguna ocupación, a menos que se le ordenara de manera explícita; tan pronto como Mirko terminaba las tareas del hogar, se quedaba sentado obstinadamente en su habitación con aquella mirada vacía, como la tienen las ovejas en el campo, sin participar en lo que acontecía a su alrededor. Mientras el párroco, por las tardes, fumaba largamente su pipa campesina y disputaba, junto al vigilante de la gendarmería, sus habituales tres partidas de ajedrez, el muchacho de cabellos rubio y desordenados se encorvaba en silencio a un lado, mirando con pesadez y apatía aparente el tablero cuadriculado bajo sus pesados párpados.

Una tarde de invierno, mientras ambos socios estaban absortos en su partida diaria, se oyó el repiqueteo de las campanas de un trineo que se aproximaba con rapidez desde la calle del pueblo. Un labrador, con la gorra cubierta de nieve, se apresuró a entrar, anunciando que su anciana madre estaba agonizando, y que el párroco debía ir deprisa a administrarle la última unción. Sin dudar, el sacerdote lo siguió. El vigilante de la gendarmería, que aún no había terminado su vaso de cerveza, encendió una nueva pipa para despedirse y se disponía a ponerse sus pesadas botas de caña, cuando notó cómo la mirada de Mirko seguía fija, ininterrumpida, el tablero con la partida en curso.

—¿Quieres terminarla? —bromeó, convencido de que el adormecido muchacho no comprendía ni una sola jugada del tablero. El chico alzó tímidamente la vista, asintió y se sentó en el lugar del párroco. Tras catorce jugadas, el vigilante de la gendarmería fue derrotado y tuvo que admitir, además, que no había sido un movimiento descuidado el que había ocasionado su derrota. La segunda partida resultó de igual manera.

—¡Mula de Bileam! —exclamó, asombrado, el párroco a su regreso, explicando al menos versado vigilante de la gendarmería que, hace dos mil años, habría ocurrido un milagro similar, en el que un ser mudo de repente había hallado la lengua de la sabiduría. A pesar de la avanzada hora, el párroco no pudo contenerse y retó a su medio analfabeto pupilo a un duelo. Mirko lo venció con la misma facilidad. Jugaba de manera tenaz, lenta, inquebrantable, sin levantar ni una sola vez su ancha frente del tablero. Pero jugaba con una seguridad irrefutable; ni el vigilante de la gendarmería ni el párroco lograron, en los días siguientes, ganar una partida contra él. El párroco, mejor que nadie en juzgar el resto del retraso de su pupilo, se sintió entonces seriamente intrigado por saber hasta qué punto esta peculiar y unilateral aptitud resistiría una prueba más rigurosa. Después de haberle hecho cortar el desaliñado cabello rubio y de paja en la barbería del pueblo para dejarlo algo presentable, lo llevó en su trineo a la pequeña ciudad vecina, donde, en el café de la plaza principal, supo conseguir una esquina entre unos ajedrecistas empedernidos, a quienes, según su experiencia, él mismo no estaba a la altura. Causó no poca admiración entre la asamblea residente cuando el párroco empujó al muchacho de quince años, de tez sonrojada y rubia, ataviado con un abrigo de lana de oveja de su talla, y pesadas botas altas de caña, hacia el café, donde el joven se quedó, desconcertado y con la

mirada tímida, en una esquina hasta que lo llamaron a una de las mesas de ajedrez. En la primera partida Mirko fue vencido, pues nunca había visto la llamada apertura siciliana cuando jugaba contra el buen párroco. En la segunda partida llegó a empatar con el mejor jugador. Desde la tercera y cuarta partida en adelante, venció a todos, uno tras otro.

Ahora, en una pequeña ciudad provincial del sur de Eslavia ocurren cosas sumamente inusuales; así, la primera aparición de este campeón campesino se convirtió de inmediato en una sensación entre los honorables congregados. Por unanimidad se decidió que el prodigio debía, a toda costa, permanecer en la ciudad hasta el día siguiente, para poder convocar a los otros miembros del club de ajedrez y, sobre todo, para llamar al viejo conde Simczic, un fanático del ajedrez, a su castillo. El párroco, que miraba a su pupilo con un orgullo completamente renovado, pero que a la vez no quería perder su habitual servicio dominical por su afán de descubrimiento, se mostró dispuesto a dejar a Mirko en la ciudad para otra prueba. Al joven Czentovic se le proporcionó alojamiento en el hotel, a costa del rincón ajedrecístico, y aquella misma noche vio por primera vez un inodoro. La tarde del domingo siguiente, la sala de ajedrez estaba repleta. Mirko, inmóvil durante cuatro horas frente al tablero, vencía, sin pronunciar palabra o alzar siquiera la mirada, a un jugador tras otro; al final se propuso realizar una partida simultánea. Hubo cierto desconcierto antes de lograr hacer comprender al incauto que, en una partida simultánea, él tendría que enfrentarse solo a varios jugadores. Pero en cuanto Mirko comprendió aquella práctica, se dedicó rápidamente a la tarea, caminando despacio de mesa en mesa con sus pesados y rechinantes zapatos, hasta ganar siete de las ocho partidas.

Entonces comenzaron los grandes recelos. Aunque este nuevo campeón, en sentido estricto, no pertenecía a la ciudad, el orgullo nacional autóctono se encendió con viveza. Quizás, al fin, la pequeña ciudad, cuya existencia apenas había sido notada en el mapa hasta ahora, podría merecer, por primera vez, el honor de enviar al mundo a un hombre famoso. Un agente llamado Koller, que hasta entonces se había limitado a conseguir chasqueadas y cantantes para el cabaret de la guarnición, se ofreció, con tal de que se hiciese un subsidio durante un año, a enviar a Viena al joven para que, a cargo de un excelente y reconocido pequeño maestro, fuera instruido profesionalmente en la ciencia del ajedrez. El conde Simczic, a quien en sesenta años de ajedrez diario nunca se le había presentado un oponente tan singular,

desembolsó inmediatamente la suma. Con ese día comenzó la asombrosa carrera del hijo del capitán de barco.

Después de medio año, Mirko dominaba todos los secretos de la técnica del ajedrez, aunque con una extraña limitación que más tarde fue muy observada y objeto de burla en los círculos especializados. Pues Czentovic jamás se daba el caso de jugar siquiera una partida de ajedrez de memoria –o, como se dice técnicamente, a ciegas–. Le faltaba por completo la capacidad de situar el campo de batalla en el ilimitado espacio de la fantasía. Siempre tenía que tener ante él, de forma tangible, el tablero blanco y negro con sus sesenta y cuatro casillas y treinta y dos piezas; aún en la época de su fama mundial llevaba consigo un ajedrez de bolsillo plegable, para, al querer reconstruir una partida maestra o resolver un problema, poder visualizar la posición de forma óptica. Este defecto, en sí mismo insignificante, revelaba una carencia de fuerza imaginativa y fue discutido en el reducido círculo de expertos con tanto ímpetu, como si, entre músicos, un virtuoso o director destacado se hubiese mostrado incapaz de tocar o dirigir sin tener la partitura abierta. Pero esa peculiaridad no retrasó en absoluto el vertiginoso ascenso de Mirko. A los diecisiete años ya había ganado una docena de premios ajedrecísticos, a los dieciocho conquistó el campeonato húngaro, y a los veinte, por fin, se alzó con el campeonato mundial. Los campeones más atrevidos –cada uno, en dotación intelectual, imaginación y audacia, infinitamente superior a él– sucumbieron ante su terca y fría lógica, como Napoleón ante el torpe Kutusov, o Aníbal ante el Fabius Cunctator, de quien Livio narraba que también en su infancia había mostrado movimientos tan notorios de flema e imbecilidad. Así sucedió que en la ilustre galería de maestros ajedrecistas, que en sus filas reunía a los diversos tipos de superioridad intelectual –filósofos, matemáticos, seres calculadores, imaginativos y a menudo creativos– irrumpió por primera vez un completo forastero en el mundo intelectual, un rudo y taciturno campesino, del que ni siquiera al periodista más astuto se le había logrado extraer una sola palabra de valía periodística. Ciertamente, lo que Czentovic negaba a los periódicos en forma de sentencias pulidas pronto lo compensaba abundantemente con anécdotas sobre su persona. Porque, irremediablemente, en el instante en que se levantaba del tablero –donde era un maestro sin parangón– Czentovic se convertía en una figura grotesca y casi cómica; a pesar de su solemne traje negro, su pomposa corbata con una algo intrusiva hebilla de perlas y sus laboriosamente manicurados dedos, seguía siendo, en su porte y modales, el mismo

limitado chiquillo campesino que barría la sala del párroco del pueblo. Torpe y, casi descaradamente, torpemente torpe, buscaba, para su diversión y para irritar a sus colegas expertos, exprimir de su talento y de su fama una mezquina –y a menudo vulgar– codicia, que se podía extraer en dinero. Viajaba de ciudad en ciudad, alojándose siempre en los hoteles más baratos, jugaba en los clubes más miserables, siempre que se le concediera su honorario; se dejaba fotografiar para anuncios de jabón e incluso vendía, sin importarle el ridículo de sus competidores –quienes sabían muy bien que no era capaz de escribir tres oraciones correctamente– su nombre para una ›Filosofía del ajedrez‹, que en realidad había sido escrita por un pequeño estudiante gallego para un editor astuto. Como a todas las naturalezas tercas le faltaba el sentido de lo ridículo, desde su victoria en el torneo mundial se consideraba el hombre más importante del mundo, y la conciencia de haber vencido, en su propio terreno, a todos aquellos ingeniosos y deslumbrantes oradores y escritores, y sobre todo, el hecho tangible de haber ganado más de lo que merecían, transformaba la inseguridad original en un orgullo frío y, en su mayoría, torpemente ostentado.

«¿Pero cómo es posible que un éxito tan rápido no embote a una cabeza tan vacía?» concluyó mi amigo, quien acababa de confiarme algunas muestras clásicas de la infantil prepotencia de Czentovic. «¿Cómo es posible que un campesino de veintiún años no sucumba a un ataque de vanidad cuando, de repente, con apenas mover unas piezas en un tablero de madera, en una semana gane más de lo que todo su pueblo, con la tala de leña y los trabajos más penosos, puede ganar en un año entero? Y luego, ¿no es acaso malditamente fácil creerse un gran hombre, cuando uno carece de la más mínima noción de que alguna vez vivieron un Rembrandt, un Beethoven, un Dante, un Napoleón? Ese chico en su atiborrada cabeza solo sabe que no ha perdido ni una partida de ajedrez en meses, y dado que no se le ocurre que, aparte del ajedrez y el dinero, existen otros valores en nuestra tierra, tiene todas las razones para estar entusiasmado consigo mismo.»

Estas declaraciones de mi amigo no hicieron sino despertar en mí una curiosidad especial. Todo tipo de personas maníacas, absortas en una única idea, me han fascinado a lo largo de mi vida, pues cuanto más se limita uno, tanto más se acerca, por otro lado, a lo infinito; precisamente aquellos aparentemente alejados del mundo construyen, en su materia particular, de forma insidiosa, una abreviatura extraña y verdaderamente única del mundo.

Así, decidí examinar de cerca, durante el viaje de doce días hasta Río, a este singular espécimen de estrechez intelectual.

Sin embargo: «No tendrá mucha suerte», me advirtió mi amigo. «Por lo que yo sé, aún nadie ha logrado extraer de Czentovic la más mínima materia psicológica. Detrás de toda su abismal limitación, este astuto campesino oculta la gran inteligencia de no avergonzarse jamás, y lo hace gracias a la simple técnica de evitar cualquier conversación, salvo con paisanos de su propia esfera, a quienes se reúne en pequeñas posadas. Cuando percibe la presencia de un hombre culto, se encierra en su caparazón; así nadie puede jactarse de haber oído siquiera una palabra tonta de él o de haber medido la supuestamente infinita profundidad de su ignorancia.» Mi amigo tenía razón. Durante los primeros días del viaje, se hizo completamente imposible acercarse a Czentovic sin una rudimentaria intromisión –lo cual, en definitiva, no era asunto mío. A veces, de hecho, transitaba por la cubierta de paseo, pero siempre con las manos cruzadas en la espalda y con aquella postura orgullosamente encorvada, como Napoleón en el famoso cuadro; además, siempre realizaba su ronda peripatética por la cubierta de manera tan apresurada y brusca que habría sido necesario ir a galope tras él para poder hablarle. En las salas sociales, en el bar, en la sala de fumadores, nunca se le veía; según me informó el mayordomo tras una consulta confidencial, pasaba la mayor parte del día en su camarote, practicando o repasando partidas en un imponente tablero.

Tras tres días, comencé a irritarme de verdad, pues su terca técnica defensiva resultaba más hábil que mi voluntad de acercarme a él. Nunca en mi vida había tenido la ocasión de conocer personalmente a un maestro ajedrecista, y cuanto más me esforzaba en intentar personificar a tal figura, más inimaginable me parecía una actividad mental que girase, durante toda la vida, en torno a un espacio de sesenta y cuatro casillas blancas y negras. Yo conocía, por experiencia propia, la misteriosa atracción del «juego real», ese único de entre todos los juegos ideados por el hombre, que se libra soberanamente de cualquier tiranía del azar y otorga sus laureles únicamente al espíritu o, mejor dicho, a una determinada forma de aptitud mental. Pero, ¿acaso no se incurre ya en una restricción insultante al llamar ajedrez a un juego? ¿No es acaso también una ciencia, un arte, suspendido entre estas categorías como el féretro de Mahoma entre el cielo y la tierra, una unión única de todos los opuestos; arcaico y sin embargo eternamente nuevo, me-

cánico en su fundamento y, sin embargo, efectivo solo gracias a la fantasía, limitado en un espacio geoméricamente rígido y, no obstante, ilimitado en sus combinaciones, en constante desarrollo y, sin embargo, estéril, un pensamiento que no conduce a nada, una matemática que no calcula nada, un arte sin obras, una arquitectura sin sustancia y, sin embargo, demostrablemente más duradera en su existencia y ser que todos los libros y obras, el único juego que pertenece a todos los pueblos y a todas las épocas y del que nadie sabe qué dios lo trajo a la tierra para matar el aburrimiento, agudizar los sentidos, tensar el alma. ¿Dónde tiene él principio y dónde el fin? Cada niño puede aprender sus primeras reglas, cada torpe puede intentarlo, y sin embargo, dentro de este inmutable cuadrado se puede producir una especie particular de maestros, incomparables a todos los demás, personas con una aptitud exclusivamente destinada al ajedrez, genios específicos en los que la visión, la paciencia y la técnica actúan en una distribución tan determinada como en el matemático, en el poeta, en el músico, y solo en otra estratificación y unión. En tiempos pasados, con una pasión fisiognomónica, algún galo quizás hubiese diseccionado los cerebros de tales maestros ajedrecistas para determinar si en esos genios se distinguía, en la masa gris del cerebro, alguna inflexión particular, una especie de músculo o bulto ajedrecístico, más marcada que en otros cráneos. ¿Y cómo habría incitado tal fisiognomista el caso de un Czentovic, en el que ese genio específico parece estar confinado en una absoluta pereza intelectual, como un solo hilo de oro en un quintal de roca sorda? En principio, siempre me había parecido comprensible que un juego tan único, tan genial, debiese producir matadores específicos, pero ¡cuán difícil, cuán imposible es imaginar la vida de una persona mentalmente serena, para quien la amplitud se reduce únicamente al estrecho camino entre el negro y el blanco, quien en un simple ida y vuelta de treinta y dos piezas busca el triunfo vital, a quien, ante una nueva apertura, preferir el caballo en lugar del peón ya signifique una hazaña monumental y su insignificante rincón de inmortalidad en el ángulo de un libro de ajedrez –un hombre, un hombre de espíritu, que, sin enloquecer, durante diez, veinte, treinta, cuarenta años, dedique toda la tensión de su pensamiento, una y otra vez, a empujar un rey de madera en un tablero de madera hasta un rincón!

Y ahora se me presentaba, por primera vez en cercanía espacial, tal fenómeno, tal genio singular o tan enigmático loco, a tan solo seis camarotes de distancia en el mismo barco, y yo, desdichado, para quien la curiosidad por

las cosas del espíritu siempre se transforma en una especie de pasión, no era capaz de acercarme a él. Empecé a idear las tretas más absurdas: por ejemplo, provocarle en su vanidad, simulando una entrevista para un periódico importante, o aprovechar su codicia, proponiéndole un lucrativo torneo en Escocia. Pero finalmente recordé que la técnica más comprobada de los cazadores, para atraer al urogallo, consiste en imitar su canto de apareamiento; ¿qué podría ser más eficaz para captar la atención de un maestro ajedrecista que jugar al ajedrez uno mismo?

Jamás he sido un serio ajedrecista en mi vida, y esto se debe a la sencilla razón de que siempre me he dedicado al ajedrez de manera frívola y exclusivamente por mi diversión; si me siento una hora ante el tablero, no lo hago para esforzarme, sino, por el contrario, para liberarme de la tensión mental. Yo «juego» ajedrez en el sentido literal de la palabra, mientras que los verdaderos ajedrecistas juegan ajedrez «en serio», para introducir, si se puede decir, una atrevida novedad en la lengua alemana. Para el ajedrez, como para el amor, es indispensable una pareja, y en aquel momento aún no sabía si a bordo se encontraban otros amantes del ajedrez. Para sacarlos de sus guaridas, preparé en el Smoking Room una trampa primitiva, sentándome con mi mujer –aunque ella jugase aún peor que yo– frente a un tablero de ajedrez, a modo de provocación. Y efectivamente, aún no habíamos realizado seis jugadas, cuando alguien se detuvo al pasar, otro pidió permiso para observar; finalmente, apareció también el tan deseado compañero, que me retó a una partida. Se llamaba McConnor y era un ingeniero de obras subterráneas escocés, que, según oí, había hecho una gran fortuna en las perforaciones petroleras de California, de aspecto imponente, hombre fornido, con fuertes y casi cuadradas mandíbulas, dientes robustos y un cutis saludable, cuya pronunciada tonalidad rojiza se debía, al menos en parte, al abundante disfrute del whisky. Los hombros, notablemente anchos, casi de carácter atlético y vehementemente marcados, se hacían notar también en el carácter durante el juego, pues este señor McConnor pertenecía a ese tipo de personas tan absortas en el éxito, que incluso en el juego más trivial percibían una derrota como una afrenta a su propio orgullo. Acostumbrado a imponerse sin reparos en la vida, y mimado por el éxito manifiesto, este hombre forjado por sí mismo estaba tan inquebrantablemente impregnado de su propia superioridad, que cualquier resistencia le parecía una insubordinación inadecuada y casi una ofensa. Cuando perdió la primera partida, se mostró malhumorado y empezó a explicar de forma enrevesada y dictatorial

que ello solo podía haberse debido a un descuido momentáneo; en la tercera, culpó al ruido proveniente de la sala contigua de su fracaso; jamás estuvo dispuesto a perder una partida sin exigir inmediatamente revancha. Al principio, esa ambiciosa obstinación me resultaba divertida; finalmente, lo tomé simplemente como una consecuencia inevitable de mi verdadera intención: atraer al campeón mundial a nuestra mesa.

El tercer día lo logré, aunque solo a medias. Fuera que Czentovic nos observase desde la cubierta de paseo, a través de la ventanilla frente al tablero, o que casualmente honrara con su presencia el Smoking Room –en cualquier caso, en cuanto nos vio, a nosotros, intrusos, ejercer su arte, dio involuntariamente un paso más cerca y lanzó, desde esa distancia medida, una mirada inquisitiva hacia nuestro tablero. McConnor acababa de mover. Y tan solo esa jugada pareció ser suficiente para que Czentovic le advirtiese lo poco merecedores que éramos de que se siguieran nuestros esfuerzos diletantes, que no estimulaban en absoluto su interés magistral. Con la misma actitud tan natural, con la que uno en una librería descarta un mediocre detective sin siquiera hojear el libro, se alejó de nuestra mesa y abandonó el Smoking Room. «Pesado y demasiado ligero», pensé, algo molesto por aquella mirada fría y despectiva, y para ventilar mi descontento, le dije a McConnor:

— «Su jugada parece no haber entusiasmado al maestro.»

— «¿Qué maestro?»

Le expliqué que aquel señor, que acababa de pasar frente a nosotros y que nos había observado con desdén, era el maestro ajedrecista Czentovic. Ahora bien –añadí– nosotros dos lo superaríamos y, sin pena, nos conformaríamos con su ilustre desprecio; la gente pobre debe conformarse con cocinar con agua. Pero, para mi sorpresa, mi comentario casual ejerció sobre McConnor un efecto totalmente inesperado. Se excitó de inmediato, olvidó nuestra partida, y su ambición comenzó a palpar casi de forma audible. Me dijo que no tenía idea de que Czentovic estuviera a bordo, y que Czentovic debía jugar contra él a toda costa. Que nunca en su vida había jugado contra un campeón mundial, salvo una vez en una partida simultánea con otros cuarenta; que ya entonces había sido tremendamente emocionante, y que casi había ganado. ¿Si es que conozco personalmente al maestro ajedrecista? Respondí negativamente. ¿Si no quería dirigirse a él y pedirle que se

uniera a nosotros? Rechacé la idea, argumentando que, según yo sabía, Czentovic no era muy accesible para nuevos conocidos. Además, ¿qué atractivo podía tener para un campeón mundial enfrentarse a nosotros, jugadores de tercera categoría?

Ahora bien, lo de los jugadores de tercera categoría, habría sido mejor no mencionarlo a un hombre tan ambicioso como McConnor. Se reclinó, irritado, y declaró tajante que, por su dote, no podía creer que Czentovic rechazara la cortés invitación de un caballero; de ello él se encargaría. A su pedido, le proporcioné una breve descripción del campeón mundial, y pronto, dejando de lado indiferentemente nuestro tablero, se lanzó, en una impaciencia incontrolable, tras Czentovic hacia la cubierta de paseo. Una vez más sentí que era imposible retener a un hombre de tales hombros anchos cuando se empeñaba en imponer su voluntad.

Esperé con bastante expectación. Diez minutos después, McConnor regresó, no muy arreglado, según me pareció.

—«¿Y ahora?» —pregunté.

—«Tenía razón», respondió algo irritado. «No es un hombre muy agradable. Me hice a la idea, le expliqué quién era. Ni siquiera me estrechó la mano. Intenté explicarle lo orgullosos y honrados que estaríamos todos a bordo si jugase una partida simultánea contra nosotros, pero se mantuvo malditamente rígido; lo sentía, pero tenía obligaciones contractuales con su agente, que le prohibían expresamente jugar sin honorario durante toda su gira. Su mínimo era de doscientos cincuenta dólares por partida.»

Me reí. «Jamás se me habría ocurrido que desplazar piezas de negro sobre blanco podía ser un negocio tan lucrativo. Bueno, espero que usted también se haya mostrado tan cortés.»

Pero McConnor se mostró completamente serio. «La partida está fijada para mañana a las tres de la tarde. Aquí, en el salón de fumadores. Espero que no nos dejemos machacar tan fácilmente.»

«¿Cómo? ¿Le han concedido los doscientos cincuenta dólares?» exclamé, visiblemente afectado.

«¿Por qué no? Es su oficio. Si yo fuera dentista a bordo, tampoco exigiría que me arrancara el diente de gratis. El hombre tiene todo el derecho a poner precios altos; en cualquier campo, los verdaderos expertos son también

los mejores empresarios. Y en lo que a mí respecta: cuanto más claro es un negocio, mejor. Prefiero pagar en efectivo que recibir favores de un tal Czentovic y, al final, tener que agradecerle. Al fin y al cabo, en nuestro club ya he perdido en una sola noche más de lo que son doscientos cincuenta dólares, y sin haber jugado nunca contra un campeón mundial. Para los jugadores de ‘tercera categoría’ no es vergonzoso ser derrotados por un Czentovic.»

Me divertía notar lo profundamente herido que había quedado el orgullo de McConnor con aquella inocente expresión de ‘jugadores de tercera categoría’. Pero ya que estaba dispuesto a pagar ese costoso pasatiempo, no me opuse a su desmesurado ambición, la cual, al fin, me iba a presentar a mi curiosidad. Rápidamente pusimos de acuerdo a los cuatro o cinco caballeros que hasta entonces se habían declarado jugadores de ajedrez acerca del inminente suceso, y, para evitar ser molestados por los transeúntes, reservamos no solo nuestra mesa, sino también las mesas vecinas para el próximo enfrentamiento.

Al día siguiente, nuestro pequeño grupo apareció completo a la hora acordada. El asiento central, frente al maestro, quedó, por supuesto, asignado a McConnor, quien desahogaba sus nervios encendiendo cigarro tras cigarro y mirando inquieto el reloj. Pero el campeón mundial se demoró –yo ya había sospechado, según las narraciones de mi amigo,– cerca de diez minutos, lo que, sin embargo, le dotó de un aplomo aún mayor al aparecer. Se dirigió al grupo con paso tranquilo y sereno. Sin presentarse –«Ya saben quién soy, y a quiénes ustedes son, eso no me interesa», parecía decir con tal descortesía–, comenzó a dictar, con una profesional frialdad, las órdenes de forma objetiva. Dado que, a bordo, una partida simultánea era imposible por la falta de tableros, propuso que todos jugáramos contra él conjuntamente. Después de cada jugada, él se retiraría, para no perturbar nuestras deliberaciones, a otra mesa en el extremo del salón. En cuanto hiciéramos nuestra jugada de respuesta, y dado que, lamentablemente, no había un timbre a mano, deberíamos golpear un vaso con una cuchara. Como tiempo máximo para cada jugada, propuso diez minutos, en caso de que no deseáramos otra distribución. Por supuesto, como tímidos alumnos, accedimos a cada sugerencia. Czentovic asignó el color negro; aún de pie, realizó la primera jugada de respuesta y luego se dirigió al puesto de espera que él había

indicado, donde se recostó de manera despreocupada mientras hojeaba una revista ilustrada.

No tiene mucho sentido relatar la partida. Terminó, por supuesto, como debía terminar: con nuestra derrota total, ya en la jugada veinticuatro. Que un campeón mundial de ajedrez derrote con la mano izquierda a media docena de jugadores medianos o inferiores no era en sí sorprendente; lo que verdaderamente nos afectó a todos fue la presuntuosa manera en que Czentovic nos dejó sentir, una y otra vez, que nos despedazaba con la mano izquierda. Cada vez, tan solo echaba un vistazo aparentemente fugaz al tablero, nos miraba con tanta indiferencia, como si nosotros fuésemos simples piezas inertes de madera, y ese gesto impertinente recordaba instintivamente la forma en que, al desviar la mirada de un perro raquítico, se le arroja un pedazo de pan. Con algo de delicadeza, en mi opinión, él podría habernos señalado algún error o animarnos con alguna palabra amable. Pero, aun después de finalizar la partida, ese autómatas ajedrecístico inhumano no pronunció una sola palabra, sino que, tras decir «jaque mate», permaneció inmóvil ante la mesa, a la espera de que le preguntáramos si deseábamos otra partida. Ya me había levantado, intentando, de manera inútil —como suele ocurrir frente a una tozudez empalagosa— indicar, con un gesto, que con ese negocio de dólares, por lo menos, por mi parte, se habría terminado el placer de nuestro encuentro, cuando, para mi disgusto, McConnor, con voz ronca, dijo junto a mí: «¡Revancha!»

Me estremecí ante ese tono desafiante; de hecho, en ese momento McConnor parecía más un boxeador a punto de atacar que un caballero cortés. ¿Era la desagradable forma de trato la que Czentovic nos había brindado, o simplemente su patológico y exaltado orgullo? En cualquier caso, el carácter de McConnor había cambiado por completo. Con el rostro encendido, hasta el cabello enrojecido, las fosas nasales marcadamente tensas por la presión interior, sudaba visiblemente, y una hendidura afilada se formó en sus labios ceñidos contra su barbilla, erguida de manera desafiante. Con inquietud, reconocí en sus ojos ese parpadeo de pasión desbordada, tal como suele apoderarse de las personas en la ruleta, cuando, por sexta o séptima vez, al doblar la apuesta, no sale el color correcto. En ese instante comprendí que ese fanáticamente ambicioso, a costa de todo su patrimonio, jugaría y volvería a jugar contra Czentovic, simple o duplicadamente, hasta ganar, al menos, una partida. Si Czentovic resistía, entonces habría hallado en Mc-

Connor una mina de oro, de la cual podría extraer unos cuantos miles de dólares hasta llegar a Buenos Aires.

Czentovic permaneció inmóvil. «Por favor», respondió cortésmente, «los caballeros juegan ahora con el color negro.»

La segunda partida tampoco ofreció un panorama distinto, salvo que, gracias a algunos curiosos, nuestro círculo no solo se había ampliado, sino que además se había animado considerablemente. McConnor miraba el tablero con tal fijación, como si quisiera magnetizar las piezas con su voluntad de ganar; yo percibí en él que estaría dispuesto a sacrificar mil dólares de entusiasmo por el grito de «¡jaque mate!» contra ese adversario frívolo y desvergonzado. Extrañamente, algo de su exaltación se transmitía inconscientemente a nosotros. Cada jugada se discutía con mucho más fervor que antes; siempre esperábamos hasta el último momento para detener a uno de nosotros, antes de ponernos de acuerdo en dar la señal que llamara a Czentovic de vuelta a nuestra mesa. Lentamente, alcanzamos la jugada treinta y siete, y, para nuestra propia sorpresa, se presentó una situación que parecía sumamente ventajosa, ya que habíamos conseguido llevar el peón de la columna c hasta la penúltima casilla, c2; solo nos faltaba empujarlo hasta c1 para coronarlo en dama. Sin embargo, no estábamos del todo tranquilos ante tan evidente oportunidad; sospechábamos unánimemente que esa aparente ventaja conseguida por nosotros debía haber sido, a propósito, ofrecida por Czentovic, quien sin duda contemplaba la situación con mayor amplitud, como anzuelo. Pero, a pesar de nuestras intensas búsquedas y discusiones conjuntas, no logramos percibir la estratagema oculta. Finalmente, ya casi al borde del tiempo estipulado para deliberar, decidimos arriesgar la jugada. Justo cuando McConnor movía el peón para empujarlo a la última casilla, sintió de repente un tirón en el brazo y alguien susurró, con vehemencia: «¡Por el amor de Dios! ¡No!»

Inconscientemente, todos nos giramos. Un caballero de unos cuarenta y cinco años, cuyo rostro delgado y agudo ya me había llamado la atención antes, en la cubierta de paseo, por su extraña palidez casi calcárea, debió haberse acercado a nosotros en los últimos minutos, mientras concentrábamos toda nuestra atención en el problema. Apresuradamente, percibiendo nuestra mirada, añadió:

«Si ahora corona dama, él la captura inmediatamente con el alfil en c1; usted recupera con el caballo. Pero mientras tanto, él avanza con su peón libre en d7, amenazando su torre, y aun si con el caballo da jaque, usted pierde, y estará acabado en nueve o diez jugadas. Es casi la misma situación que Alejjin inició contra Bogoljubov en 1922 en el Gran Torneo de Pistyaner.»

Con asombro, McConnor soltó la pieza y se quedó mirando, igual de perplejo, como todos nosotros, al hombre que había aparecido como un ángel inesperado de la ayuda. Alguien que podía calcular un mate a nueve jugadas debía ser un experto de primer orden, quizá incluso un aspirante a campeón, que viajaba al mismo torneo, y su repentina intervención en un momento tan crítico tenía algo casi sobrenatural. Fue McConnor quien rompió el silencio.

«¿Qué nos aconseja?» susurró, excitado.

«No adelantar la jugada, sino, primero, retirarse. Sobre todo, mover el rey fuera de la peligrosa línea de g8 a h7. Probablemente, luego él redirigirá su ataque hacia el otro flanco. Pero eso lo neutraliza con la torre de c8 a c4; eso le costará dos tiempos, un peón y, con ello, la superioridad. Luego, quedará peón contra peón, y si se mantiene en defensa correcta, llegará a un empate. No se puede obtener más.»

Una vez más, nos quedamos atónitos. La precisión y la rapidez de sus cálculos resultaban desconcertantes; era como si leyera las jugadas de un libro impreso. Aun así, la inesperada posibilidad de forzar un empate en nuestra partida contra un campeón mundial, gracias a su intervención, parecía mágica. Unánimemente, nos apartamos para concederle un mejor ángulo de visión del tablero. McConnor preguntó nuevamente:

«¿Entonces, rey de g8 a h7?»

«¡Exacto! ¡Retírese, ante todo!»

McConnor obedeció, y golpeamos el vaso. Czentovic se acercó a nuestra mesa con su acostumbrado paso ecuánime y, con una sola mirada, midió la jugada de respuesta. Luego, en el flanco del rey, movió el peón de h2 a h4, tal como lo había pronosticado nuestro desconocido ayudante. Y pronto, este susurró, excitado:

«Avance la torre, la torre; de c8 a c4, pero él primero deberá cubrir el peón. ¡Eso no le servirá de nada! Ustedes juegan, sin preocuparse por su peón libre, con el caballo de d3 a e5, y se restablece el equilibrio. ¡Todo el impulso hacia adelante, en lugar de defender!»

No entendimos lo que quiso decir. Para nosotros, lo que decía era chino. Pero, ya hechizados, McConnor ejecutó la jugada sin pensar en lo que se le pedía. Golpeamos nuevamente el vaso para llamar a Czentovic. Por primera vez, no se apresuró a responder, sino que miró con expectación el tablero. Inconscientemente, sus cejas se fruncieron. Entonces hizo exactamente la jugada que el extraño nos había indicado y se dispuso a retirarse. Sin embargo, antes de alejarse, ocurrió algo nuevo e inesperado. Czentovic levantó la mirada y examinó nuestras filas –aparentemente quería descubrir quién se atrevía a oponerle una resistencia tan enérgica.

A partir de ese instante, nuestra excitación creció desmesuradamente. Hasta ese momento habíamos jugado sin esperanza seria; pero ahora, la idea de romper el frío altivez de Czentovic nos inundaba de un ardor vibrante. Justo en ese momento, nuestro nuevo amigo ordenó la siguiente jugada, y nosotros pudimos –mis dedos temblaban al golpear el vaso– llamar de vuelta a Czentovic. Y llegó nuestro primer triunfo. Czentovic, que hasta entonces había jugado siempre de pie, dudó, vaciló y finalmente se sentó. Lo hizo lenta y pesadamente; pero con ello se eliminó, en el plano físico, la anterior situación de superioridad vertical entre él y nosotros. Le habíamos obligado, al menos, a ponerse al mismo nivel que nosotros. Reflexionó largamente, con los ojos fijos en el tablero, de modo que apenas se distinguían las pupilas bajo sus párpados negros, y, en el agobiante proceso de pensar, fue abriendo poco a poco la boca, lo que daba a su rostro redondo un aspecto algo simplón. Czentovic meditó durante unos minutos, luego hizo su jugada y se levantó. Y de inmediato nuestro amigo susurró:

«¡Una jugada de espera! ¡Bien pensada! Pero no la tomen. Forcen el cambio de piezas, absolutamente el cambio de piezas, y entonces podremos empatar, y ni Dios podrá ayudarle.»

McConnor obedeció. En las jugadas siguientes, entre los dos –nosotros, los demás, ya nos habíamos convertido en simples espectadores– se desarrolló un intercambio incomprensible para nosotros. Tras unas siete ju-

gadas, Czentovic levantó la vista tras prolongadas deliberaciones y declaró: «Empate.»

Por un instante reinó un silencio total. De repente se oyó el rumor de las olas y el sonido del radio que cruzaba el salón; se percibían cada paso en la cubierta de paseo y el leve y fino siseo del viento que se colaba por las rendijas de las ventanas. Ninguno de nosotros respiraba; todo había sucedido de repente, y estábamos todos, asombrados, ante lo increíble de que ese desconocido hubiera impuesto su voluntad al campeón mundial en una partida ya medio perdida. McConnor se reclinó de golpe, conteniendo el aliento, y dejó escapar un sonoro «¡Ah!» de satisfacción. Yo, por mi parte, observaba a Czentovic. Ya en las últimas jugadas me pareció que se había palidecido. Pero supo mantener la compostura. Permaneció en su aparente inmovilidad ecuánime y preguntó, con la mano moviendo las piezas del tablero de manera serena:

«¿Desean los caballeros otra tercera partida?»

La pregunta la formuló de forma puramente objetiva, meramente comercial. Pero lo extraño fue que, al decirla, no dirigió la mirada a McConnor, sino que fijó sus ojos de forma aguda y directa en nuestro salvador. Como un caballo que, al encontrar un jinete mejor y más firme, se adapta a un nuevo y superior jinete, debió haber reconocido en las últimas jugadas a su verdadero, a su auténtico oponente. Inconscientemente, seguimos su mirada y observamos con expectación al desconocido. Sin embargo, antes de que este pudiera recobrar la compostura o responder, McConnor, exaltado, le gritó triunfalmente:

«¡Por supuesto! Pero ahora usted debe jugar solo contra él. ¡Usted solo contra Czentovic!»

Pero entonces ocurrió algo imprevisto. El desconocido, que curiosamente seguía mirando con esfuerzo el tablero ya despejado, se sobresaltó, al sentir todas las miradas puestas en él y al sentirse tan entusiasmado. Sus jugadas se confundieron.

«De ninguna manera, caballeros», tartamudeó visiblemente afectado. «Eso es completamente excluido... no estoy en condiciones... Hace ya veinte, no, veinticinco años que no me siento ante un tablero de ajedrez... y apenas ahora me doy cuenta de lo indecoroso que he sido al inmiscuirme en su

juego sin que ustedes me lo pidieran... Por favor, disculpen mi intromisión... no quiero seguir molestando.» Y antes de que pudiéramos recomponernos de nuestra sorpresa, él ya se había retirado y abandonado el salón.

«¡Pero eso es totalmente imposible!» retumbó el temperamental McConnor, golpeando con el puño. «¡Es completamente imposible que ese hombre no haya jugado ajedrez en veinticinco años! ¡Cada jugada, cada contrapunto, los ha calculado a cinco o seis jugadas de antelación! Nadie puede hacer eso de la muñeca. Es completamente imposible, ¿no es así?»

Con esa última pregunta, McConnor se dirigió involuntariamente a Czentovic. Pero el campeón mundial permaneció imperturbable y frío.

«No puedo emitir juicio alguno al respecto. En todo caso, el caballero jugó de una forma algo extraña e interesante; por eso, deliberadamente, le di una oportunidad.»

Alzándose con natural indiferencia, añadió en su forma tan objetiva:

«Si mañana el caballero o los caballeros desean otra partida, estaré disponible desde las tres en adelante.»

No pudimos evitar esbozar una leve sonrisa. Todos sabíamos que Czentovic no había dejado, en absoluto, a nuestro desconocido ayudante una oportunidad magnánima, y esa observación no era más que una ingenua excusa para ocultar su propio fracaso. Cuanto más fuerte crecía nuestro deseo de ver humillado ese altivez inquebrantable. De repente, sobre nosotros, los tranquilos y despreocupados pasajeros del barco, se desató una salvaje y ambiciosa ansia de combate, pues la idea de que en medio del océano el campeón mundial pudiera ver despojada su corona –un récord que luego sería transmitido a todos los telegrafistas del mundo– nos fascinaba de la manera más desafiante. A ello se sumaba el encanto del misterio, proveniente de la inesperada intervención de nuestro salvador en el momento crítico, y el contraste entre su casi temerosa modestia y la inquebrantable seguridad profesional. ¿Quién era ese desconocido? ¿Había acaso el azar sacado a la luz un genio ajedrecístico aún por descubrir? ¿O, por alguna razón impenetrable, un famoso maestro ocultaba su nombre? Todas estas posibilidades las debatíamos con gran excitación, y ni siquiera las hipótesis más atrevidas nos parecían demasiado osadas para conciliar la enigmática timidez y la sorprendente confesión del desconocido, junto con su inconfundi-

ble arte en el juego. En un aspecto, sin embargo, todos coincidíamos: de ningún modo renunciaríamos al espectáculo de una nueva contienda. Decidimos hacer todo lo posible para que nuestro ayudante jugase al día siguiente una partida contra Czentovic, asumiendo McConnor el riesgo material. Ya se había averiguado, mediante una consulta al mayordomo, que el desconocido era austriaco, y a mí, como compatriota suyo, me encomendaron llevarle nuestra solicitud.

No tardé en encontrar, en la cubierta de paseo, al tan apresurado fugitivo. Estaba recostado en su tumbona leyendo. Antes de acercarme, aproveché la ocasión para observarlo. Su cabeza de facciones marcadas reposaba, con cierta ligera fatiga, sobre la almohada —nuevamente me llamó la atención la extraña palidez de su rostro, relativamente joven, enmarcado en las sienes por un cabello deslumbrantemente blanco; tuve, no sé por qué, la impresión de que ese hombre había envejecido de repente. Apenas me acerqué, se levantó cortésmente y se presentó con un nombre que me resultó inmediatamente familiar, el de una familia austriaca de gran prestigio. Recordé que un portador de ese nombre había pertenecido al círculo más íntimo de Schubert y que, además, uno de los médicos personales del viejo emperador procedía de esa familia. Cuando le transmití, en nombre nuestro, la petición de que aceptara el desafío de Czentovic, él se mostró visiblemente sorprendido. Resultó que no tenía la menor idea de haber tenido, en esa partida, la fortuna de enfrentar a un campeón mundial —y el más exitoso en ese momento, nada menos. Por alguna razón, esa noticia le causó una impresión especial, pues insistió una y otra vez en preguntar si yo estaba seguro de que su oponente era, de hecho, un reconocido campeón mundial. Pronto comprendí que esa circunstancia facilitaba mi encargo, y, sintiendo su delicadeza, decidí omitirle que el riesgo material de una eventual derrota recaería en el bolsillo de McConnor. Tras una larga vacilación, el doctor B. finalmente aceptó disputar un partido, pero no sin pedir expresamente advertir a los demás caballeros para que no depositaran en él esperanzas exageradas sobre sus capacidades.

«Pues, —añadió con una sonrisa meditabunda—, la verdad es que no sé si soy capaz de jugar una partida de ajedrez siguiendo todas las reglas correctamente. Créame, no se trató en absoluto de falsa modestia, cuando dije que desde mi época de instituto, es decir, desde hace más de veinte años, ya

no he vuelto a tocar ninguna pieza de ajedrez. E incluso en aquella época solo se me consideraba un jugador sin aptitud especial.»

Lo dijo de una manera tan natural que no pude albergar la menor duda sobre su sinceridad. No obstante, no pude evitar expresar mi asombro de que recordara con exactitud cada combinación de los distintos maestros; al fin y al cabo, al menos teóricamente debía haberse ocupado mucho del ajedrez. El doctor B. volvió a sonreír de aquella extrañamente onírica manera.

«¡Muy ocupado! —Dios sabe que se puede decir que me he ocupado bastante del ajedrez. Pero ello ocurrió en circunstancias muy especiales, sí, completamente únicas. Es una historia bastante complicada, y únicamente podría contarse como una pequeña aportación a nuestro encantador gran tiempo. Si tiene media hora de paciencia...»

\*\*\*

Había hecho señas hacia la tumbona a su lado. Con gusto seguí su invitación. No teníamos vecinos. El doctor B. se quitó las gafas de lectura, las dejó a un lado y comenzó:

«Usted fue tan amable de comentar que se acordaba de mí como vienes de apellido de mi familia. Pero sospecho que probablemente no haya oído hablar del despacho de abogados que dirigí junto con mi padre y, más tarde, solo, ya que no llevábamos casos que fueran tratados en la prensa, y evitábamos por principio tomar nuevos clientes. En realidad, ya no teníamos una verdadera práctica legal, sino que nos limitábamos exclusivamente a la consultoría jurídica y, sobre todo, a la administración de patrimonios de los grandes monasterios, a los cuales mi padre estaba vinculado como exdiputado del partido clerical. Además, se nos encomendó —hoy, dado que la monarquía pertenece a la historia, se puede ya hablar de ello— la gestión de los fondos de algunos miembros de la familia imperial. Esos vínculos con la corte y el clero —mi tío fue médico personal del emperador, otro abate en Seitenstetten— se remontaban ya a dos generaciones; solo teníamos que conservarlos, y se trataba de una actividad silenciosa, quiero decir, casi imperceptible, que nos había sido asignada a través de esa confianza heredada, y que en realidad no requería nada más que la más estricta discreción y lealtad, dos cualidades que mi difunto padre poseía en la más alta medida; de hecho, él logró, tanto durante los años de inflación como en aquellos del cambio de régimen, preservar para sus clientes considerables patrimonios

gracias a su previsión. Cuando Hitler tomó las riendas en Alemania y comenzó sus expolios contra la Iglesia y los monasterios, también, desde más allá de la frontera, se llevaron a cabo una infinidad de negociaciones y transacciones, para, al menos, salvar los bienes muebles de la confiscación, y tanto yo como mi padre supimos más de ciertas negociaciones políticas secretas de la Curia y de la Casa Imperial de lo que el público conocerá jamás. Pero justamente la discreción de nuestro despacho —ni siquiera teníamos un letrero en la puerta—, así como la cautela de evitar ostentosamente cualquier círculo monárquico, ofrecieron la protección más segura contra pesquisas no solicitadas. De facto, en todos estos años, ninguna autoridad en Austria sospechó jamás que los correos secretos de la Casa Imperial recogían o entregaban su correspondencia más importante precisamente en nuestro discreto despacho, en el cuarto piso.

Pues bien, los nacionalsocialistas, mucho antes de armar sus ejércitos contra el mundo, habían comenzado a organizar en todos los países vecinos otro ejército, igualmente peligroso y entrenado: la legión de los desfavorecidos, de los marginados, de los humillados. En cada oficina, en cada empresa, se habían infiltrado sus llamadas «células», y en todas partes, hasta en los aposentos privados de Dollfuß y Schuschnigg, se encontraban sus puestos de escucha y espías. Incluso en nuestro discreto despacho, tenían, como lamentablemente descubrí demasiado tarde, a su hombre. Claro que no era más que un miserable y torpe empleado, a quien había contratado por recomendación de un párroco, únicamente para dar al despacho el aspecto de un funcionamiento normal; en realidad, lo utilizábamos para nada más que para diligentes recados inocentes, le hacíamos contestar el teléfono y archivar los documentos, o sea, aquellos expedientes que eran completamente indiferentes y sin peligro. Nunca debía abrir el correo; yo redactaba personalmente todas las cartas importantes sin dejar copias, mecanografiaba cada documento esencial con mis propias manos, y me llevaba a casa los documentos cruciales, dejando las reuniones secretas únicamente en la priorato del monasterio o en la sala de consulta de mi tío. Gracias a esas precauciones, ese vigilante no llegó a ver nada de lo relevante; pero por un desafortunado azar, ese joven ambicioso y vanidoso debió haberse dado cuenta de que se desconfiaba de él y de que, a sus espaldas, ocurrían cosas muy interesantes. Tal vez, en alguna ocasión, uno de los correos, de manera descuidada, se refirió a «Su Majestad» en lugar de, como se había acordado, al «Barón Fern», o el pillo debió haber abierto cartas indebidamente —en cual-

quier caso, antes de que yo pudiera sospechar algo, obtuvo encargos de Mú-nich o Berlín para espiarnos. Fue mucho después, cuando yo ya llevaba tiempo en prisión, que recordé que su inicial indiferencia en el servicio se había transformado en un repentino celo durante los últimos meses, y que en más de una ocasión casi se ofreció de forma demasiado entrometida a llevar mi correspondencia al correo. No puedo eximirme del todo de cierta negligencia, pero, al fin y al cabo, ¿no han sido, acaso, los diplomáticos y militares más destacados vencidos por la traición de la Hitlerría? Tan exacto y entrañable fue el modo en que la Gestapo ya me había puesto en el punto de mira, que quedó demostrado de manera muy tangible por el hecho de que, aquella misma noche, cuando Schuschnigg anunció su abdicación, y un día antes de que Hitler entrara en Viena, ya yo había sido arrestado por hombres de las SS. Afortunadamente, logré quemar los documentos más importantes apenas oí por la radio el discurso de despedida de Schuschnigg, y el resto de los papeles, junto con las pruebas indispensables sobre los activos de los monasterios y de dos archiduques depositados en el extranjero, los envié, de hecho, en el último minuto, antes de que los muchachos me derribaran la puerta, escondiéndolos en un cesto de la coladera, a la casa de mi tío, a través de mi antigua y confiable ama de llaves.»

El doctor B. hizo una pausa para encenderse un cigarro. A la luz intermitente, noté que un temblor nervioso recorría la comisura derecha de su boca, algo que ya había observado antes y que, según pude ver, se repetía cada pocos minutos. Fue solo un movimiento fugaz, apenas más fuerte que un suspiro, pero le daba a todo el rostro una extraña inquietud.

«Ahora probablemente suponga que le contaré lo del campo de concentración al que fueron trasladados todos aquellos que se mantuvieron fieles a nuestra antigua Austria, de las humillaciones, los tormentos, las torturas que allí sufrí. Pero nada de eso sucedió. Yo caí en otra categoría. No fui arrastrado junto a aquellos desafortunados sobre los que se descargaba, con humillaciones físicas y espirituales, un resentimiento largamente acumulado, sino que fui asignado a ese otro, pequeño grupo del que los nacionalsocialistas esperaban extorsionar ya fuese dinero o información importante. En sí, mi persona modesta, por supuesto, era completamente intrascendente para la Gestapo. Pero debieron haber descubierto que nosotros fuimos los hombres de confianza, los administradores, los allegados de sus más acérrimos enemigos, y lo que esperaban extorsionarme era material compromete-

dor: material contra los monasterios, para demostrar supuestas irregularidades en la gestión de sus patrimonios; material contra la familia imperial y contra todos aquellos que en Austria se habían sacrificado en favor de la monarquía. Sospechaban —y no sin razón— que de aquellos fondos que pasaron por nuestras manos aún se conservaban existencias esenciales, inaccesibles a su ansia de expoliar; por ello, me trajeron a la acción desde el primer día, para, con sus métodos consagrados, obligarme a revelar esos secretos. A los hombres de mi categoría, de quienes se esperaba extraer material importante o dinero, por eso no los deportaban a campos de concentración, sino que les reservaban un trato especial. Quizás recuerde que nuestro canciller, y por otro lado el barón Rothschild, a cuyos familiares pretendían extorsionar millones, no fueron, en absoluto, encerrados tras alambre de púas en un campo de prisioneros, sino que, bajo la apariencia de un trato preferencial, fueron trasladados al Hotel Metropole, que a la vez funcionaba como cuartel general de la Gestapo, donde a cada uno se le asignaba una habitación separada. A mí, hombre tan discreto, también se me otorgó ese honor.»

Una habitación propia en un hotel —¿no es acaso algo sumamente humano? Pero debe creerme que no se nos asignó un método más humano, sino tan solo uno más ingenioso, si en vez de meter a los «célebres» a los veinte en un barracón helado, se nos alojaba en una habitación separada de hotel, moderadamente calefaccionada. Pues la presión con la que pretendían extorsionarnos el material necesario debía funcionar de una forma más sutil que mediante golpes brutales o torturas físicas: mediante el aislamiento más refinado imaginable. No se nos hacía daño; simplemente se nos encerraba en el completo vacío, ya que, como es bien sabido, nada en la Tierra ejerce sobre el alma humana una presión tan intensa como la nada. Al confinar a cada uno en un vacío absoluto, en una habitación herméticamente separada del mundo exterior, se pretendía que, en lugar de ser presionados por fuera a base de golpes y frío, esa presión se generase desde el interior, hasta hacer estallar finalmente nuestros labios.

A primera vista, la habitación que se me asignó no parecía del todo incómoda. Tenía una puerta, una cama, un sillón, un lavabo, una ventana con rejas. Pero la puerta permanecía cerrada día y noche, en la mesa no se permitía dejar ningún libro, periódico, hoja de papel o lápiz, y la ventana daba a un muro de fuego; a mi alrededor, e incluso sobre mi propio cuerpo, se

había construido la nada absoluta. Me habían quitado cada objeto: el reloj, para que no supiera la hora; el lápiz, para que no pudiera escribir; el cuchillo, para que no pudiera abrirme las venas; incluso la más mínima distracción, como un cigarrillo, se me negó. Jamás vi, salvo al vigilante —quien no podía pronunciar palabra ni responder a ninguna pregunta— un rostro humano, jamás oí una voz humana; el ojo, el oído, todos los sentidos, desde la mañana hasta la noche y de noche hasta la mañana, no recibían la menor alimentación; uno quedaba completamente solo, consigo mismo, con su cuerpo y con las cuatro o cinco mudas piezas: la mesa, la cama, la ventana, el lavabo; se vivía como un buzo bajo la campana de cristal en el oscuro océano de ese silencio, incluso como un buzo que ya sospecha que la cuerda hacia el exterior se ha cortado y que nunca será rescatado de la insondable profundidad. No había nada que hacer, nada que oír, nada que ver; en todas partes, de forma incesante, la nada, el vacío absoluto, sin espacio ni tiempo. Uno iba y venía, y con uno los pensamientos iban y venían, una y otra vez. Pero hasta los pensamientos, por vacuos que parezcan, necesitan un soporte; si no, comienzan a rotar y a girar sin sentido en torno a sí mismos, pues tampoco ellos soportan la nada. Se esperaba algo, desde la mañana hasta la tarde, y no ocurría nada. Se esperaba una y otra vez. Nada ocurría. Se esperaba, se esperaba, se esperaba; uno pensaba, uno pensaba, hasta que las sienes dolían. Nada ocurría. Uno se quedaba solo. Solo. Solo.

Eso duró catorce días, en los cuales viví fuera del tiempo, fuera del mundo. Si en aquellos días hubiera estallado una guerra, yo no lo habría sabido; pues mi mundo se componía únicamente de mesa, puerta, cama, lavabo, sillón, ventana, y siempre me miraba fijamente el mismo papel tapiz en la misma pared; cada línea de su patrón dentado se había grabado, como con cincel, hasta la hendidura más profunda de mi cerebro, por lo frecuentemente que lo contemplaba. Entonces, finalmente, comenzaron los interrogatorios. De repente te llamaban, sin saber bien si era de día o de noche. Te llamaban y te conducían por unos pasillos, sin que supieras a dónde; luego, esperabas en algún lugar, sin saber dónde, y de repente te encontrabas frente a una mesa en la que se sentaban unos hombres uniformados. Sobre la mesa yacía un cúmulo de papeles: los expedientes, de los cuales no se sabía qué contenían; y entonces empezaban las preguntas, tanto las genuinas como las falsas, las claras y las insidiosas, las preguntas de cobertura y las trampas, y mientras respondías, dedos extraños y malvados hojeaban los papeles, sin

que supieras qué contenían, y esos mismos dedos escribían algo en un acta, y no sabías lo que escribían.

Pero lo más terrible de esos interrogatorios para mí fue que nunca pude adivinar ni calcular lo que los agentes de la Gestapo sabían realmente sobre los acontecimientos en mi despacho y lo que pretendían extraer de mí. Como ya le conté, envié los papeles comprometidos a mi tío en el último momento, a través de la ama de llaves. ¿Pero los recibió? ¿No los recibió? ¿Y cuánto reveló aquel empleado? ¿Cuántas cartas interceptaron, cuántas, mientras tanto, en los monasterios alemanes que representábamos, ya se habrán extorsionado a algún torpe clérigo? Y preguntaban, y preguntaban. ¿Qué papeles compré para aquel monasterio, con qué bancos mantuve correspondencia, si conozco o no a un tal Fulano, si recibí cartas desde Suiza y desde Steenookerzeel? Y como nunca pude calcular cuánto ya habían husmeado, cada respuesta se convertía en la responsabilidad más enorme. Si admitía algo que ellos desconocían, quizás, inadvertidamente, entregaría a alguien al cuchillo. Si negaba demasiado, me perjudicaría a mí mismo.

Pero el interrogatorio no fue lo peor. Lo peor fue volver, tras el interrogatorio, a mi nada, a la misma habitación, con la misma mesa, la misma cama, el mismo lavabo, el mismo papel tapiz. Pues, tan pronto como quedaba a solas, intentaba reconstruir lo que habría sido más prudente decir y lo que debía decir la próxima vez, para desviar de nuevo la sospecha que, quizás, había provocado con alguna imprudente observación. Reflexionaba, pensaba, escudriñaba, revisaba mi propia declaración palabra por palabra, repasaba cada pregunta que me hicieron, cada respuesta que di, trataba de sopesar qué habrían protocolizado, y sabía que nunca podría calcular ni conocer eso. Pero esos pensamientos, una vez activados en el vacío, no dejaban de rotar en la mente, una y otra vez, en siempre nuevas combinaciones, hasta penetrar en el sueño —cada vez, después de un interrogatorio de la Gestapo, mis propios pensamientos asumían, implacables, la tortura de preguntar, investigar y atormentar, y quizás incluso más cruelmente, porque aquellos interrogatorios terminaban, al fin, tras una hora, mientras que esta soledad, con su traicionera tortura, nunca lo hacía. Y a mi alrededor, solo la mesa, el armario, la cama, el papel tapiz, la ventana, sin distracción alguna, ni libro, ni periódico, ni rostro ajeno, ni lápiz para anotar nada, ni fósforo para jugar, nada, nada, nada. Ahora comprendí cuán diabólicamente sensato, cuán psicológicamente mortal estaba concebido este sistema de la habitación de ho-

tel. En un campo de concentración, quizás te habrían hecho rodar piedras hasta que las manos sangraran y los pies se congelaran en los zapatos, habrías estado amontonado junto a dos docenas de personas en el hedor y el frío. Pero al menos allí se verían rostros, se vería un campo, un carro, un árbol, una estrella, algo, cualquier cosa a la que poder mirar, mientras que aquí siempre era lo mismo, siempre lo mismo, lo espantoso, lo mismo. Aquí no había nada que me distrajera de mis pensamientos, de mis delirios, de mi enfermiza rememoración. Y precisamente eso pretendían: que asfixiara y asfixiara mis pensamientos, hasta que me ahogaran y no tuviera más remedio que, finalmente, vomitarlos, decirlos, revelar todo lo que quisieran, entregar por fin el material y a las personas. Poco a poco, sentí cómo mis nervios, bajo esa horrible presión de la nada, comenzaban a aflojarse, y me esforcé, consciente del peligro, hasta desgarrar mis nervios, por encontrar o inventar alguna distracción. Para ocuparme, intenté recitar y reconstruir todo lo que alguna vez había memorizado: el himno nacional, las rimas infantiles, la Homero del instituto, los párrafos del Código Civil. Luego traté de hacer cálculos, sumar y dividir números al azar, pero mi memoria, en ese vacío, no encontraba ningún anclaje. No podía concentrarme en nada. Siempre surgía y parpadeaba el mismo pensamiento: ¿Qué saben ellos? ¿Qué dije ayer? ¿Qué debo decir la próxima vez?

Ese estado, en verdad indescriptible, duró cuatro meses. Ahora —cuatro meses, se escribe fácilmente: tan solo una docena de letras—, se pronuncia fácilmente: cuatro meses, cuatro sílabas. En un cuarto de segundo la labia articuló rápidamente ese sonido: ¡cuatro meses! Pero nadie puede narrar, medir o ilustrar, ni a otro ni a sí mismo, cuánto dura el tiempo en lo inmaterial, en lo intemporal, ni a nadie se le puede explicar cómo te desgarras y destruye esa nada, nada, nada que te rodea, siempre solo mesa y cama y lavabo y papel tapiz, y siempre el silencio, siempre el mismo vigilante, que, sin mirarte, introduce la comida, siempre los mismos pensamientos que giran en torno a la nada, hasta volverte loco. Empecé a notar pequeños indicios de que mi cerebro se estaba desordenando. Al principio, durante los interrogatorios, aún estaba internamente claro; había respondido con calma y sensatez; ese doble pensamiento —lo que debía decir y lo que no— aún funcionaba. Pero ahora ya solo podía articular las frases más sencillas tartamudeando, pues mientras hablaba, miraba hipnotizado la pluma que se deslizaba registrando sobre el papel, como si quisiera seguir el rastro de mis propias palabras. Sentía que mi fuerza menguaba, que se acercaba el momento

en que, para salvarme, diría todo lo que sabía –y quizá aún más, traicionando a doce personas y sus secretos– sin que a mí me costase más que un breve respiro. Una noche, ya fue así: cuando el vigilante, por casualidad, me trajo la comida en ese instante de asfixia, le grité de repente:

«¡Lléveme al interrogatorio! ¡Voy a decirlo todo! ¡Voy a revelar todo! ¡Diré dónde están los papeles, dónde está el dinero! ¡Lo diré todo, lo diré todo!» Afortunadamente, ya no me escuchó. Quizás tampoco quiso oírme.

En esa extrema necesidad, ocurrió algo imprevisto que ofreció salvación, al menos por cierto tiempo. Era finales de julio, un día oscuro, nublado y lluvioso: recuerdo ese detalle con exactitud, porque la lluvia golpeaba los cristales del pasillo por el que me llevaron al interrogatorio. En el vestíbulo del juez de instrucción tuve que esperar. Siempre había que esperar en cada comparecencia: también esa espera formaba parte de la técnica. Primero te destrozaban los nervios con la llamada, con el repentino traslado desde la celda en plena noche, y luego, cuando ya estabas preparado para el interrogatorio, con el entendimiento y la voluntad tensados para la resistencia, te hacían esperar, esperar de forma absurda pero significativa, una hora, dos horas, tres horas antes del interrogatorio, para cansar el cuerpo, para quebrar el alma. Y me hicieron esperar especialmente largo aquel jueves, el 27 de julio, dos horas rotas, parado en el vestíbulo; recuerdo esa fecha con particular precisión, pues en ese vestíbulo, donde yo, por supuesto, sin poder sentarme, tenía que permanecer de pie con las piernas pegadas al cuerpo durante dos horas, colgaba un calendario, y no puedo explicarles cómo, en mi hambre de lo impreso, de lo escrito, contemplé esa cifra, esas pocas palabras “27. Juli” en la pared, mirándolas fijamente; casi las devoré con mi cerebro. Y luego seguí esperando, esperando, mirando fijamente la puerta, preguntándome cuándo se abriría al fin, y a la vez imaginando qué podrían preguntarme los inquisidores esta vez, sabiendo, sin embargo, que me preguntarían algo totalmente distinto a lo que me había preparado. Pero, a pesar de todo, la tortura de esa espera y de ese estar de pie era, a la vez, un alivio, un deleite, porque esa sala, al fin, era otro cuarto distinto al mío, algo más grande y con dos ventanas en lugar de una, y sin la cama, sin el lavabo y sin esa determinada fisura en el alféizar, que había contemplado millones de veces. La puerta estaba pintada de otro color, un sillón distinto se encontraba en la pared y, a la izquierda, un armario con expedientes, así como un guardarropa con percheros, en los cuales colgaban tres o cuatro abrigos militares mojados, los abrigos de mis verdugos. Tenía, pues, algo nuevo, algo

distinto que observar, al fin algo diferente para mis hambrientas miradas, y se aferraban a cada detalle con una voracidad que no puedo describir. Observé en esos abrigo cada arruga, noté, por ejemplo, una gota que colgaba de uno de los cuellos mojados, y, por ridículo que pueda sonar para ustedes, esperé con una excitación absurda a ver si esa gota al fin caería, deslizándose por la arruga, o si se resistiría a la gravedad y se mantendría adherida por más tiempo —sí, miré y miré, durante minutos, sin aliento, esa gota, como si mi vida dependiera de ello. Luego, cuando finalmente rodó hacia abajo, volví a contar los botones de los abrigos: ocho en uno, ocho en otro, diez en el tercero, y tras ello comparé los solapes; todas esas ridículas, insignificantes nimiedades acariciaron, rodearon, abarcaron mis hambrientas miradas con una voracidad que no puedo describir. Y de repente mi mirada se quedó fija en algo. Había descubierto que en uno de los abrigos la bolsa lateral estaba ligeramente abultada. Me acerqué y, por la forma rectangular de esa protuberancia, creí distinguir lo que esa bolsa, algo hinchada, contenía: ¡un libro! Mis rodillas comenzaron a temblar: ¡un LIBRO! Durante cuatro meses no había tenido un libro en las manos, y ya la mera idea de un libro, en el que se pudieran ver palabras encadenadas, líneas, páginas y hojas, de un libro del que se pudieran leer, seguir, absorber otros pensamientos nuevos, extraños, que distrajeran, tenía algo embriagador y a la vez anestesiante. Hipnotizado, mis ojos se clavaron en esa pequeña protuberancia, miraban intensamente esa insignificante parte, como si quisieran quemar un agujero en el abrigo. Finalmente, no pude contener mi avidez; involuntariamente me empujé más cerca. Solo el pensamiento de poder, al menos, rozar un libro a través del tejido con mis manos hacía que mis nervios, en mis dedos hasta las uñas, se encendieran. Casi sin darme cuenta, me fui acercando cada vez más. Afortunadamente, el vigilante no prestó atención a mi, seguramente peculiar, comportamiento; quizás le pareció natural que, después de dos horas de estar de pie, uno deseara apoyarse un poco contra la pared. Finalmente, ya estaba muy cerca del abrigo, y a propósito había colocado las manos detrás de mi espalda, para poder tocar el abrigo sin llamar la atención. Palpé el tejido y, de hecho, sentí a través de la tela algo rectangular, algo que era flexible y crujía levemente — ¡un libro! ¡Un libro! Y, como un disparo, el pensamiento me atravesó: ¡róbate el libro! Quizás lograría hacerlo, y podría esconderlo en la celda para leer, leer, leer, ¡por fin volver a leer! El pensamiento, apenas se me anidó, actuó como un potente veneno; de repente, mis oídos comenzaron a zumbir y el corazón a martillar, mis manos se volvie-

ron heladas y dejaron de obedecer. Pero tras esa primera embriaguez, me empujé de nuevo, de forma silenciosa y astuta, acercándome aún más al abrigo; mientras, con las manos ocultas tras la espalda, mantenía fijado al vigilante, empujaba el libro desde abajo, fuera de la bolsa, un poco más cada vez. Y entonces: un agarre, un leve y cuidadoso tirón, y de repente tuve en la mano aquel pequeño libro, no muy voluminoso. Fue entonces cuando me estremecí ante mi acción. Pero ya no pude retroceder. ¿Qué hacer con él? Lo escondí detrás de mi espalda, bajo mis pantalones, en la zona donde el cinturón los sujetaba, y de allí, gradualmente, lo trasladé hacia la cadera, para poder sujetarlo de manera discreta con la mano, pegado a la costura del pantalón al caminar. Había llegado la primera prueba. Me alejé del guardarropa: un paso, dos pasos, tres pasos. Funcionó. Era posible sujetar el libro al andar, si tan solo apretaba mi mano firmemente contra el cinturón.

Luego llegó el interrogatorio. Este requería de mí más esfuerzo que nunca, pues en realidad concentraba toda mi fuerza, mientras respondía, no en mi declaración, sino sobre todo en sostener el libro de forma discreta. Afortunadamente, el interrogatorio esta vez fue breve, y logré llevar el libro sano y salvo a mi habitación –no quiero detenerles con todos los detalles, ya que en una ocasión casi se deslizó peligrosamente de mis pantalones en medio del pasillo, y tuve que simular un severo ataque de tos para agacharme y volver a colocarlo bajo el cinturón. ¡Pero qué instante aquel, al regresar a mi infierno, finalmente solo y, sin embargo, ya no completamente solo!

Ahora, probablemente usted piense que inmediatamente agarré el libro, lo observé, lo leí. ¡Para nada! Primero quise saborear el placer anticipado de tener un libro en mis manos, la dicha artificialmente demorada y que exaltaba maravillosamente mis nervios, al imaginar qué clase de libro robado sería: uno de imprenta muy ajustada, que contuviera muchísimas letras, muchas hojas delgadas, para poder leer en él durante más tiempo. Y luego deseé que fuera una obra que me exigiera intelectualmente, nada superficial, nada ligero, sino algo que se aprendiera de memoria, poemas, y lo mejor – ¡qué osado sueño! – ¡Goethe o Homero! Pero finalmente no pude contener más mi avidez, mi curiosidad. Extendiéndome sobre la cama, de modo que el vigilante, si de pronto abriera la puerta, no pudiera encontrarme, saqué tembloroso el volumen de debajo del cinturón.

La primera mirada fue una decepción e incluso una especie de amarga irritación: aquel libro, obtenido con tanto peligro y ahorrado con una expectativa tan ardiente, no era más que un recetario ajedrecístico, una colección de ciento cincuenta partidas maestras. Si no hubiera estado encerrado, bloqueado, en mi celda, en mi primer arrebató habría arrojado el libro por una ventana abierta, porque, ¿qué podía o debía hacer con semejante disparate? De niño, en el instituto, como la mayoría, de vez en cuando me había entretenido frente a un tablero de ajedrez por aburrimiento. Pero, ¿qué me serviría ese material teórico? El ajedrez no se puede jugar sin compañero y mucho menos sin piezas, sin tablero. Con hastío pasé las páginas, con la esperanza de descubrir algo legible, una introducción, una guía; pero no encontré nada más que los simples esquemas cuadrados de las partidas maestras, y debajo, signos que al principio me resultaban incomprensibles, a2 – a3, Cf1 – g3 y así sucesivamente. Todo aquello me parecía una especie de álgebra, a la cual no hallaba clave. Poco a poco descifré que las letras a, b, c designaban las columnas y los números del 1 al 8 las filas, determinando la posición de cada pieza; con ello, los puramente gráficos esquemas adquirirían al menos un lenguaje. Pensé que, tal vez, podría construir en mi celda una especie de tablero y tratar de reproducir esas partidas; como un presagio divino, me pareció que mi colcha de cama resultaba, por casualidad, de cuadros grandes. Bien doblada, se podía disponer al final de modo que formase sesenta y cuatro casillas. Así que primero escondí el libro bajo el colchón y saqué solo la primera página. Luego comencé a modelar, con los pequeños restos de miga que me separaba de mi pan, de forma evidentemente ridículamente imperfecta, las piezas del ajedrez, rey, reina y demás; tras interminables esfuerzos, finalmente pude intentar reproducir en la colcha cuadriculada la posición mostrada en el libro de ajedrez. Pero cuando intenté reproducir la partida completa, mis ridículas piezas de miga fracasaron totalmente, ya que para distinguirlas, una mitad de ellas se había oscurecido con polvo. Durante los primeros días me confundí sin cesar; tuve que empezar la misma partida de nuevo cinco, diez, veinte veces. ¿Pero quién en la faz de la Tierra disponía de tanto tiempo inútil y ocioso como yo, esclavo de la nada, a quien se le exigía tanta inconmensurable avidez y paciencia? Tras seis días ya concluí la partida impecablemente, después de ocho días más ya ni siquiera necesitaba las migas de la colcha para visualizar la posición del libro de ajedrez, y ocho días después la colcha cuadriculada se volvió prescindible; automáticamente, los signos, al principio abstractos, del libro, a1,

a2, c7, c8, se convirtieron tras mi frente en posiciones visuales, en formas plásticas. La transformación fue completa: había proyectado internamente el tablero con sus piezas y, gracias a tan solo las fórmulas, podía percibir cada posición, tal como a un músico experimentado basta con el mero vistazo de la partitura para oír todas las voces y su armonía. Tras catorce días más fui capaz sin esfuerzo de reproducir de memoria cada partida del libro –o, como se dice técnicamente, a ciegas; y fue entonces cuando comencé a comprender el inmenso beneficio que me había otorgado mi insolente robo. Porque, de repente, contaba con una actividad –una ocupación sin sentido, inútil, si se quiere, pero que anulaba la nada que me rodeaba; poseer las ciento cincuenta partidas de torneo era una maravillosa arma contra la aplastante monotonía del espacio y del tiempo. Para conservar inalterado el atractivo de mi nueva ocupación, a partir de entonces me repartí el tiempo: dos partidas por la mañana, dos por la tarde, y por la noche una rápida repetición. Así mi día, que de otro modo se extendía informe como gelatina, se llenó de ocupación sin llegar al agotamiento, porque el ajedrez posee el maravilloso privilegio de, al encauzar las energías mentales en un campo limitado, incluso bajo el más intenso esfuerzo intelectual, no adormecer el cerebro, sino más bien agudizar su agilidad y tensión. Gradualmente, de aquel mero reproducir mecánico las partidas maestras, surgió en mí una comprensión artística, un entendimiento placentero. Aprendí a captar las sutilezas, las trampas y las finuras tanto en el ataque como en la defensa, comprendí la técnica del pensamiento anticipado, de la combinación, la réplicas, y pronto distinguí la impronta personal de cada maestro ajedrecista en su conducción individual con tanta exactitud como se pueden descifrar en pocos versos de un poeta; lo que comenzó como una mera ocupación para pasar el tiempo se convirtió en un deleite, y las figuras de los grandes estrategas del ajedrez, como Alejjin, Lasker, Bogoljubov, Tartakower, se transformaron en amados compañeros en mi soledad. Una inagotable variedad impregnó a diario mi silenciosa celda, y precisamente la regularidad de mis ejercicios devolvió a mi capacidad de pensar aquella seguridad, ya vacilante; sentí que mi cerebro se había refrescado y que, gracias a la constante disciplina del pensamiento, incluso parecía haber sido reafileado. Que pensara de forma más clara y concisa se evidenció, sobre todo, en los interrogatorios; inconscientemente me había perfeccionado en la defensa ante amenazas falsas y maniobras encubiertas en el tablero; a partir de ese momento, en los interrogatorios no cometí ni una sola torpeza, e incluso me pareció que los agentes

de la Gestapo empezaban gradualmente a mirarme con cierto respeto. Quizás se preguntaban en silencio, al ver colapsar a todos los demás, de qué fuentes secretas extraía yo, y solo yo, la fuerza de tan inquebrantable resistencia.

Esa mi época de dicha, en la que reproducía sistemáticamente, día tras día, las ciento cincuenta partidas de aquel libro, duró aproximadamente dos meses y medio a tres meses. Entonces, de forma inesperada, me encontré ante un punto muerto. De repente, me hallé frente a la nada. Porque, en cuanto había reproducido cada partida veinte o treinta veces, perdían el encanto de la novedad, la sorpresa, se agotaba aquella fuerza que antes resultaba tan excitante y estimulante. ¿Qué sentido tenía repetir, una y otra vez, partidas que ya conocía de memoria jugada por jugada? Apenas realizaba la primera apertura, su desarrollo se deslizaba de forma automática en mi interior, ya no había sorpresa, ni tensión, ni problemas. Para mantenerme ocupado, para conservar ese esfuerzo y distracción que se me había vuelto indispensable, en realidad necesitaba otro libro con partidas distintas. Pero dado que eso era completamente imposible, solo había un camino en aquella extraña senda errante: tenía que inventarme nuevas partidas en lugar de las antiguas. Tenía que intentar jugar contra mí mismo, o más bien, jugar contra mí.

No sé hasta qué punto habrán reflexionado sobre la situación mental que supone este juego de juegos. Pero la reflexión más fugaz bastaría para dejar claro que en el ajedrez, siendo éste un juego puro del pensamiento desvinculado del azar, resulta lógicamente absurdo querer jugar contra uno mismo. Lo atractivo del ajedrez radica fundamentalmente en que su estrategia se desarrolla de forma diferente en dos cerebros distintos, que en esta guerra mental el negro no conoce las maniobras del blanco y debe adivinarlas y contrarrestarlas constantemente, mientras que, a su vez, el blanco se esfuerza por superar y neutralizar los planes secretos del negro. Si, en cambio, el negro y el blanco fueran la misma persona, se produciría la absurda situación de que un mismo cerebro debería, simultáneamente, saber algo y, sin embargo, no saberlo, de modo que, funcionando como blanco, olvidara por completo, al instante, lo que un minuto antes había querido y planeado como negro. Tal doble pensamiento requiere, en realidad, una división completa de la conciencia, una capacidad de alternar el pensamiento de forma arbitraria, como en un aparato mecánico; querer jugar contra uno mismo en

ajedrez significa, pues, enfrentar una paradoja similar a saltar sobre la propia sombra. En fin, para resumir, esa imposibilidad, esa absurdidad la intenté, en mi desesperación, durante meses. Pero no tuve más remedio que recurrir a tal absurdo, para no caer en la locura pura o en un completo marasmo mental. Mi situación terriblemente miserable me obligó a intentar, al menos, dividir mi ser en un yo negro y un yo blanco, para no ser aplastado por la horrible nada que me rodeaba.

El Dr. B. se recostó en la tumbona y cerró los ojos durante un minuto. Parecía como si quisiera reprimir a la fuerza un recuerdo perturbador. Nuevamente, se manifestó ese extraño espasmo que no lograba dominar en la comisura izquierda de la boca. Luego se enderezó un poco más en su sillón.

—Bien, hasta este punto espero haberle explicado todo con bastante claridad. Pero, lamentablemente, no estoy seguro de poder ilustrarle lo que sigue de manera tan clara. Porque esta nueva ocupación requería una tensión absoluta del cerebro, de modo que imposibilitaba cualquier autocontrol simultáneo. Ya le insinué que, en mi opinión, resulta en sí un disparate querer jugar ajedrez contra uno mismo; pero aun esa absurdidad habría tenido, al menos, una mínima posibilidad si se tuviera ante uno un tablero real, ya que el tablero, por su realidad, permite aún cierta distancia, una especie de extraterritorialidad material. Frente a un tablero de ajedrez real, con piezas reales, uno puede tomar pausas para pensar, puede, físicamente, situarse a un lado o al otro de la mesa y, de ese modo, contemplar la situación ya desde la perspectiva del negro o del blanco. Pero obligado, como yo lo estaba, a proyectar estos combates contra mí mismo o, si prefiere, a jugar conmigo en un espacio imaginario, tuve que retener en mi conciencia de forma precisa la posición correspondiente en las sesenta y cuatro casillas y, además, calcular no solo la configuración del momento, sino ya las posibles jugadas futuras de ambos oponentes, y es que —sé lo absurdo que todo esto suena— tuve que imaginar, dos veces, tres veces, no, seis, ocho, doce veces, para cada uno de mis yo, para el negro y para el blanco, siempre anticipando ya cuatro o cinco jugadas. Tuve que —perdone que le haga reflexionar sobre este sinsentido— calcular, como jugador del blanco, cuatro o cinco jugadas de antemano y, de igual forma, como jugador del negro, o sea, combinar de algún modo, con dos cerebros —el cerebro del blanco y el del negro— todas las situaciones que se derivaban de la evolución del juego. Pero ni siquiera esta división interna fue lo más peligroso de mi absurdo experimen-

to, sino que perdí el suelo bajo los pies y caí en el abismo al inventar partidas por mi cuenta. La mera repetición de las partidas maestras, tal como las había practicado en las semanas anteriores, no era más que una ejecución reproductiva, un puro recapitular de una materia dada, y en ese sentido no era más agotador que haber memorizado poemas o aprendido de memoria párrafos de leyes; era una actividad limitada, disciplinada, y por ello un excelente ejercicio mental. Las dos partidas que jugaba por la mañana, y las dos que ensayaba por la tarde, constituían una carga determinada que cumplía sin ningún esfuerzo emocional; sustituían una ocupación normal, y además, cuando me equivocaba o no sabía cómo continuar en una partida, aún contaba con el libro como soporte. Solo por ello esa actividad era tan curativa y, en cierto modo, reconfortante para mis nervios trastocados, ya que reproducir partidas ajenas no me metía a mí mismo en juego; si ganaba el negro o el blanco, me resultaba indiferente, pues eran Alejjin o Bogoljubov los que disputaban la corona del campeón, y mi propia persona, mi mente, mi alma, disfrutaban únicamente, como espectador conocedor, de las peripecias y bellezas de esas partidas. Sin embargo, a partir del momento en que intenté jugar contra mí mismo, comencé, sin darme cuenta, a desafiarme. Cada uno de mis dos yo, mi yo negro y mi yo blanco, competían entre sí y se lanzaban en una lucha de orgullo y una impaciencia por triunfar, por ganar; yo, como yo negro, anhelaba con fiereza cada jugada, deseando saber qué haría mi yo blanco a continuación. Cada uno de mis dos yo se regocijaba si el otro cometía un error, y se enfurecían simultáneamente por su propia torpeza.

Todo esto parece sin sentido, y en efecto, tal esquizofrenia artificial, tal división de la conciencia con su inyección de excitación peligrosa, sería impensable en un ser humano normal en condiciones normales. Pero no olvide que yo había sido arrancado violentamente de toda normalidad, era un prisionero, encarcelado inocentemente, torturado con soledad durante meses, un hombre que llevaba mucho tiempo deseando descargar toda su acumulada rabia contra algo. Y puesto que no tenía nada más que ese absurdo juego contra mí mismo, mi furia, mi ansia de revancha, se volcó fanáticamente en ese juego. Algo en mí quería tener razón, y solo contaba con ese otro yo en mí al que podía combatir; así que, durante el juego, me dejé llevar por una excitación casi maníaca. Al principio aún pensé con calma y razón, tomándome pausas entre partida y partida para recuperarme del esfuerzo; pero poco a poco mis nervios irritados ya no me permitían esperar. Apenas mi yo

blanco daba una jugada, mi yo negro ya se lanzaba impetuosamente; tan pronto como terminaba una partida, ya me desafiaba a la siguiente, pues cada vez uno de mis dos yo era derrotado por el otro y exigía revancha. Jamás podré siquiera aproximarme a decir cuántas partidas jugué contra mí mismo en esos últimos meses de insaciable locura —quizás mil, quizás más. Fue una obsesión contra la que no pude luchar; de la mañana a la noche no pensaba en otra cosa que en alfiles, peones, torres, reyes, en a, en b, en c, en jaque mate y en enroques, y con todo mi ser me empujaba hacia aquel cuadro cuadriculado. De la alegría de jugar se transformó en un ansia de jugar, de un compulsivo impulso de juego, una manía, una furia frenética que no solo invadió mis horas despiertas, sino que poco a poco penetró en mi sueño. Solo podía pensar en ajedrez, únicamente en movimientos ajedrecísticos, en problemas de ajedrez; a veces despertaba con la frente húmeda y notaba que incluso en sueños seguía jugando inconscientemente, y si soñaba con personas, era exclusivamente en los movimientos del alfil, de la torre, en los vaivenes del salto del caballo. Incluso cuando me llamaban para un interrogatorio, ya no era capaz de pensar con claridad en mi responsabilidad; tengo la sensación de que en los últimos interrogatorios me expresé de forma bastante confusa, pues quienes me interrogaban a veces se miraban, extrañados. Pero en realidad yo solo esperaba, mientras ellos preguntaban y debatían, con mi miserable ansia, ser llevado de vuelta a mi celda para continuar mi juego, mi juego irracional, una partida nueva y otra, y otra más. Cada interrupción me resultaba una molestia; incluso los quince minutos en que el vigilante ordenaba la celda, los dos minutos en que me traía la comida, atormentaban mi febril impaciencia; a veces, por la noche, el plato con la comida quedaba intocado, pues había olvidado comer por estar absorto en el juego. Lo único que sentía físicamente era una sed terrible; debió ser la fiebre de ese constante pensar y jugar; bebía la botella de un trago y mendigaba al vigilante por más, y sin embargo, al siguiente instante, ya sentía de nuevo la lengua seca en mi boca. Finalmente, mi excitación durante el juego se intensificó y ya no hacía otra cosa desde la mañana hasta la noche —hasta el punto de que ya no podía estar quieto ni un solo momento; incessantemente iba y venía, mientras analizaba las partidas, subiendo y bajando, cada vez más rápido, y cada vez con mayor intensidad a medida que se acercaba la decisión de la partida; la avidez por ganar, por triunfar, por vencerme a mí mismo se convirtió gradualmente en una especie de furia, temblaba de impaciencia, pues mi yo ajedrecístico, en cualquiera de sus dos fa-

cetas, siempre era superado en velocidad por el otro. Uno impulsaba al otro; por ridículo que pueda parecer, empecé a reprocharme —«¡más rápido, más rápido!» o «¡adelante, adelante!»— cuando uno de mis yo no respondía lo suficientemente rápido al otro. Por supuesto, hoy soy plenamente consciente de que ese estado mío ya constituía una forma patológica de excitación mental, para la cual no encuentro otro nombre que no sea, hasta ahora, médicamente desconocido: una intoxicación ajedrecística. Finalmente, esa obsesión monomaniaca no solo comenzó a atacar mi cerebro, sino también a mi cuerpo. Adelgazaba, dormía inquieto y perturbado, y al despertar tenía que forzar cada vez mis pesados párpados; a veces me sentía tan débil que, al alcanzar un vaso, apenas lo podía llevar a mis labios, pues mis manos temblaban; pero en cuanto comenzaba la partida, me embargaba una fuerza salvaje: iba corriendo de un lado a otro con los puños cerrados, y como a través de un velo rojo, a veces oía mi propia voz, ronca y maliciosa, gritar “¡Ajedrez!” o “¡Jaque mate!” a sí misma.

No puedo explicar cómo llegó este estado espantoso, indescriptible, a convertirse en crisis. Todo lo que sé al respecto es que una mañana desperté, y fue un despertar distinto a los demás. Mi cuerpo parecía haberse desprendido de mí; me sentía suave y confortable. Una densa y agradable somnolencia, como no la había conocido en meses, reposaba sobre mis párpados, tan cálida y benéfica que al principio no me decidí a abrir los ojos. Durante minutos permanecí despierto, disfrutando de esa pesada letargia, de ese reposo con los sentidos voluptuosamente adormecidos. De pronto, me pareció oír voces detrás de mí, voces humanas, vivas, que pronunciaban palabras, y no pueden imaginar mi deleite, pues hacía casi un año que no oía otra cosa que las duras, cortantes y malignas palabras del estrado. «Estás soñando», me dije. «¡Estás soñando! ¡No abras los ojos! Deja que este sueño dure, o volverás a ver la maldita celda a tu alrededor, la silla, el lavabo, la mesa y el papel tapiz con el mismo patrón eterno. Estás soñando —¡sigue soñando!»

Pero la curiosidad pudo más. Lentamente y con cautela abrí los párpados. ¡Y qué maravilla! Me encontraba en otra habitación, un cuarto más amplio y espacioso que mi celda de hotel. Una ventana sin rejas dejaba entrar la luz libre y ofrecía la vista de árboles, verdes, que se mecían al viento, en lugar de mi rígido muro de fuego; las paredes resplandecían blancas y lisas, y el techo se alzaba alto y blanco sobre mí—en verdad, me hallaba en una cama

nueva, en un lecho ajeno, y, en efecto, no era un sueño, pues detrás de mí se oían en voz baja susurros humanos.

Inconscientemente, debí haber reaccionado de forma vehemente ante mi asombro, porque ya oí pasos acercarse por detrás. Una mujer se aproximó con movimientos suaves, una mujer con un tocado blanco sobre el cabello, una enfermera, una hermana. Un escalofrío de deleite me recorrió: hacía un año que no veía a una mujer. Fijé mi mirada en aquella hermosa figura, y debió haber sido una mirada salvajemente extática, pues la que se acercaba me dijo con premura:

«¡Calma! ¡Mantenga la calma!»

Yo, sin embargo, me limité a escuchar su voz — ¿acaso no era un ser humano quien hablaba? ¿Existía aún en la Tierra alguien que no me interrogara, que no me torturara? Y además — ¡milagro indescriptible! — una voz femenina, suave, cálida, casi tierna. Ansiosamente, fijé mi mirada en sus labios, pues en este año infernal me parecía improbable que alguien se dirigiera con bondad a otro. Ella me sonrió — sí, sonrió; aún había gente que podía sonreír con ternura —, luego puso un dedo en señal de advertencia sobre sus labios y se retiró en silencio. Pero no pude obedecer su mandato. Aún no me había hartado de contemplar tal maravilla. Con fuerza intenté incorporarme en la cama para mirarla, para contemplar ese prodigio de un ser humano bondadoso. Pero al intentar apoyarme en el borde del lecho, no lo logré. Donde antes estaba mi mano derecha, mis dedos y articulaciones, sentí algo ajeno: un bulto grueso, grande y blanco, aparentemente un extenso vendaje. Primero miré, desconcertado, esa cosa blanca, gruesa y extraña en mi mano, y luego, poco a poco, comencé a comprender dónde estaba y a pensar qué me habría sucedido. Alguien debía haberme herido, o me había lastimado yo mismo la mano. Me encontraba en un hospital.

Al mediodía llegó el médico, un hombre mayor y amable. Conocía el apellido de mi familia y mencionó con tanto respeto a mi tío, el médico personal del emperador, que de inmediato sentí que me tenía en alta estima. Durante el resto de la consulta me formuló una serie de preguntas, sobre todo una que me sorprendió: si yo era matemático o químico. Negué ambas cosas.

«Extraño», murmuró. «En la fiebre gritaba fórmulas tan extrañas —  $c_3$ ,  $c_4$ . Todos nosotros no las entendíamos.»

Le pregunté qué me había pasado. Él sonrió de forma peculiar.

«Nada grave. Una irritación aguda de los nervios», dijo en voz baja, tras mirar a su alrededor con cautela, «finalmente, algo bastante comprensible. ¿Desde el 13 de marzo, no es así?»

Asentí.

«No es de extrañar con ese método», murmuró.

«Usted no es el primero. Pero no se preocupe.»

Por la manera en que me susurró estas palabras reconfortantes y gracias a su mirada bondadosa, supe que estaba bien cuidado con él.

Dos días después, el benévolo doctor me explicó con sorprendente franqueza lo ocurrido. El vigilante me había oído gritar en mi celda y, al principio, creyó que alguien había irrumpido con quien estuviera en conflicto. Pero tan pronto como se mostró en la puerta, yo me lancé sobre él y le grité con alaridos salvajes, que sonaban algo así como: «¡Muévete ya, maldito, cobarde!», intenté agarrarlo por el cuello y finalmente lo agredí con tal violencia que tuvo que pedir auxilio. Cuando, en mi estado de furia, me llevaron a la evaluación médica, de repente me solté, me lancé contra la ventana del pasillo, rompí el cristal y me corté la mano—todavía se ve la profunda cicatriz aquí. Las primeras noches en el hospital las pasé en una especie de fiebre cerebral, pero ahora, según él, mi sensorio estaba completamente claro.

«Por supuesto», añadió en voz baja, «prefiero no informar esto a las autoridades, o al final lo volverán a traer de vuelta. Confíe en mí, haré lo mejor posible.»

Lo que este médico servicial le informó a mis verdugos sobre mí escapa a mi conocimiento. De todas formas, logró lo que pretendía: mi liberación. Quizá me haya declarado inimputable, o tal vez ya había dejado de interesar a la Gestapo, pues Hitler había ocupado Bohemia y con ello el asunto de Austria para él estaba resuelto. Solo tuve que firmar el compromiso de abandonar nuestra patria en catorce días, y esos catorce días se llenaron de las mil formalidades que hoy en día se exigen a un otrora ciudadano del mundo para emigrar —papeles militares, policiales, fiscales, pasaporte, visado, certificado de salud—, de modo que no tuve tiempo para reflexionar demasiado sobre el pasado. Al parecer, en nuestro cerebro actúan fuerzas misteriosas que regulan, de forma casi automática, aquello que a la mente le

resulta pesado y peligroso, pues cada vez que intentaba recordar mis días en la celda, la luz se apagaba en mi mente; solo después de semanas y semanas, en realidad solo aquí en el barco, encontré el valor para rememorar lo sucedido.

Y ahora comprenderán por qué me comporté de manera tan insolente y probablemente incomprensible ante sus amigos. Caminaba casualmente por el salón de fumadores cuando vi a sus amigos sentados frente al tablero de ajedrez; involuntariamente, sentí mis pies anclados de asombro y terror. Porque había olvidado por completo que se puede jugar ajedrez en un tablero real, con piezas reales, y que en ese juego dos personas completamente distintas se sientan frente a frente en carne y hueso. Realmente, me costaron unos minutos recordar que lo que esos jugadores hacían allí era, en esencia, el mismo juego que yo había intentado jugar contra mí mismo en mi impotencia durante meses. Los cifrados que había utilizado en mis acérrimas extenuaciones no eran más que un sustituto, un símbolo de aquellas piezas internas; mi sorpresa al notar que el movimiento de las piezas en el tablero era lo mismo que mi fantasía en el espacio del pensamiento podía compararse, quizás, con la de un astrónomo que, utilizando los métodos más complicados en papel, calcula un nuevo planeta y luego lo ve realmente en el cielo, como una estrella blanca, nítida y sustancial. Con un magnetismo inquebrantable, observé fijamente el tablero y allí vi mis esquemas: caballo, torre, rey, reina y peones, como piezas reales, talladas en madera; para poder abarcar la posición de la partida, tuve que revertir, involuntariamente, mi mundo abstracto de cifras al de las piezas en movimiento. Poco a poco me embargó la curiosidad de presenciar un juego tan real entre dos compañeros. Y entonces ocurrió lo vergonzoso: olvidando toda cortesía, me entrometí en su partida. Pero ese movimiento erróneo de su amigo me golpeó como un puñal en el corazón. Fue un acto puramente instintivo, que me detuvo, un impulso irracional, como cuando, sin pensar, se agarra a un niño que se inclina sobre una barandilla. Solo más tarde comprendí la grosera insolencia a la que me había entregado mi intromisión.

Me apresuré a asegurarle al Dr. B. que todos estábamos encantados de deberle a aquel azar nuestra nueva amistad, y que, después de todo lo que él me había confiado, me resultaría doblemente interesante verlo mañana en el torneo improvisado. El Dr. B. hizo un movimiento inquieto.

—¡Una cosa más! —me dijo, visiblemente nervioso e incluso algo tartamudeante—. ¿Podría usted decirles a los caballeros, de antemano, para que no parezca descortés de mi parte, que juego solo una única partida... que será el punto final de una vieja cuenta, una resolución definitiva y no un nuevo comienzo... No quiero volver a caer en ese frenesí pasional del juego, al que solo puedo recordar con horror... y, por cierto... por cierto, el doctor me advirtió en aquel entonces... me advirtió expresamente. Quien sucumbe a una manía queda para siempre en riesgo, y con una, aunque ya curada, intoxicación ajedrecística es mejor no acercarse a ningún tablero... Ya entiendo, solo esa única partida de prueba para mí mismo y nada más.

Puntualmente a la hora acordada, las tres, al día siguiente nos reunimos en el salón de fumadores. Nuestro grupo se había ampliado con dos amantes más del noble arte, dos oficiales de la nave que habían solicitado permiso especial de servicio para poder asistir al torneo. Tampoco Czentovic hizo esperar, como el día anterior, y tras la obligatoria elección de colores comenzó la memorable partida de este Homo obscurissimus contra el famoso campeón mundial. Lamento decir que jugó sólo para nosotros, espectadores absolutamente incompetentes, y su desarrollo se ha perdido para los anales del ajedrez, así como las improvisaciones al piano de Beethoven lo están para la música. Efectivamente, en las tardes siguientes intentamos reconstruir la partida de memoria de forma conjunta, pero en vano; probablemente todos durante el juego nos habíamos concentrado demasiado en los dos jugadores en lugar de en el curso de la partida. Pues el contraste mental en el porte de ambos oponentes se fue volviendo cada vez más palpable a nivel físico a medida que avanzaba la partida. Czentovic, el habituado, permaneció durante todo el tiempo inmóvil como un bloque, con los ojos firmemente fijos y rígidos sobre el tablero; parecía que pensar para él era una tarea casi física, que requería de todos sus órganos la máxima concentración. En cambio, el Dr. B. se movía completamente relajado y natural. Como el verdadero diletante en el sentido más puro de la palabra —aquel para quien en el juego sólo existe el juego, la "diletto" que produce placer— dejaba su cuerpo totalmente suelto, charlando de manera explicativa con nosotros durante las primeras pausas, encendía un cigarrillo con destreza y sólo miraba el tablero cuando le tocaba a él, por un minuto. Cada vez daba la impresión de que ya había anticipado la jugada del adversario.

Los obligatorios movimientos de apertura se sucedieron con bastante rapidez. Fue recién en la séptima u octava jugada cuando parecía formarse algo parecido a un plan determinado. Czentovic alargaba sus pausas de reflexión; de ello percibimos que comenzaba la verdadera lucha por obtener la ventaja. Pero, para decir la verdad, el desarrollo gradual de la situación resultó, como ocurre en toda partida de torneo real, para nosotros, simples laicos, una considerable decepción. Porque, cuanto más se entrelazaban las piezas en un extraño adorno, tanto más impenetrable se volvía para nosotros la situación real. No podíamos percibir ni lo que el uno pretendía ni lo que el otro, ni quién de los dos tenía realmente la ventaja. Solo notábamos que algunas piezas se adelantaban como palancas para romper la línea enemiga, pero no logramos –dado que en estos jugadores superiores cada movimiento siempre estaba calculado a varias jugadas de antelación– captar la intención estratégica en ese ir y venir. A ello se sumó paulatinamente un agotamiento paralizante, provocado principalmente por las interminables pausas reflexivas de Czentovic, que empezaban a irritar visiblemente también a nuestro amigo. Observé con inquietud cómo, a medida que la partida se prolongaba, él se inquietaba en su sillón, encendía de repente cigarrillo tras cigarrillo por nervios, o buscaba un lápiz para anotar algo. Luego volvía a pedir un agua mineral, que bebía apresuradamente, vaso tras vaso; era evidente que combinaba al menos cien veces más rápido que Czentovic. Cada vez que éste, tras interminables reflexiones, se decidía a adelantar una pieza con su pesada mano, nuestro amigo sonreía, como si viera llegar algo largamente esperado, y ya respondía con rapidez. Debíó haber calculado en su mente todas las posibilidades del adversario con su aguda y veloz inteligencia; y cuanto más se retrasaba la decisión de Czentovic, más crecía su impaciencia, y sus labios se apretaban con un gesto irritado y casi hostil durante la espera. Pero Czentovic no se dejaba presionar. Reflexionaba obstinada y silenciosamente, y pausaba cada vez más, a medida que el campo de juego se desnudaba de piezas. En la jugada 42, después de dos horas y tres cuartos de juego, ya estábamos todos sentados, cansados y casi apáticos alrededor de la mesa del torneo. Uno de los oficiales de la nave ya se había marchado, otro se había retirado a leer un libro y sólo miraba brevemente ante cada cambio. Pero entonces, de repente, durante una jugada, ocurrió lo inesperado. En cuanto el Dr. B. se percató de que Czentovic cogía el caballo para adelantararlo, nuestro amigo se agachó como un gato ante un salto. Todo su cuerpo comenzó a temblar, y apenas Czentovic ejecutó la jugada con el ca-

ballo, él empujó bruscamente la dama hacia adelante, exclamó triunfalmente en voz alta: "¡Así! ¡Hecho!", se recostó, cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Czentovic con una mirada desafiante. De repente, en su pupila se encendió una luz ardiente.

Inconscientemente, todos nos inclinamos sobre el tablero para comprender aquella jugada anunciada con tanto triunfo. A primera vista no se percibía ninguna amenaza directa. La exclamación de nuestro amigo debía referirse a un desarrollo que nosotros, diletantes de mente corta, aún no éramos capaces de calcular. Czentovic fue el único entre nosotros que no se inmutó ante aquella desafiante declaración; permaneció tan imperturbable como si hubiera hecho caso omiso del insultante "¡Hecho!" Nada ocurrió. Mientras todos contuvimos el aliento, se oyó repentinamente el tic tac del reloj, colocado sobre la mesa para medir el tiempo de las jugadas. Pasaron tres minutos, siete minutos, ocho minutos: Czentovic no se movió, pero me pareció que, debido a un esfuerzo interior, sus gruesas fosas nasales se ensancharon aún más. A nuestro amigo le resultó tan insoportable ese silencio como a nosotros. Con un tirón se levantó de repente y comenzó a pasearse de un lado a otro en el salón de fumadores, primero lentamente, luego con mayor rapidez y cada vez más veloz. Todos lo mirábamos algo desconcertados, pero ninguno tan inquieto como yo, pues noté que, a pesar de la intensidad de su vaivén, sus pasos siempre abarcaban la misma distancia; era como si cada vez en el centro del salón chocara con una barrera invisible que lo obligaba a girar. Y, estremecido, reconocí que inconscientemente ese ir y venir reproducía la extensión de su antigua celda; así debía haber corrido durante meses en el encierro, como un animal enjaulado, con las manos contrahidas y los hombros encorvados; así, y sólo así, debió haber recorrido esa distancia miles de veces, con las luces rojas de la locura reflejadas en su mirada fija y febril. Pero su capacidad de pensamiento aún parecía intacta, pues de vez en cuando se volvía impaciente hacia la mesa, preguntándose si Czentovic ya se había decidido. Pasaron nueve, diez minutos. Entonces, finalmente, ocurrió lo que ninguno de nosotros esperaba. Czentovic levantó lentamente su pesada mano, que hasta entonces había permanecido inmóvil sobre la mesa. Todos miramos expectantes su decisión. Pero Czentovic no realizó ninguna jugada; en cambio, con el dorso de su mano volteado, empujó de forma decidida todas las piezas, una a una, fuera del tablero, lentamente. Solo al siguiente instante comprendimos: Czentovic había abandonado la partida. Había capitulado para no ser visiblemente sometido a jaque

mate ante nosotros. Lo improbable se había cumplido: el campeón mundial, el vencedor de innumerables torneos, había dejado la contienda ante un desconocido, un hombre que no había tocado un tablero en veinte o veinticinco años. Nuestro amigo, el Anonymus, el Ignotus, había vencido en combate abierto al jugador de ajedrez más fuerte del mundo.

Uno a uno, sin darnos cuenta, nos pusimos de pie en medio de nuestra excitación. Cada uno de nosotros sentía la necesidad de decir o hacer algo para liberar ese asombro jubiloso. El único que permaneció inmóvil y sereno fue Czentovic. Solo después de una pausa medida levantó la cabeza y miró a nuestro amigo con una mirada pétrea.

—¿Otra partida? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el Dr. B. con una extrañamente incómoda eufonía, y se sentó de inmediato, sin que yo pudiera advertirle sobre su precipitada decisión de limitarse a una sola partida, y comenzó a reacomodar las piezas con febril prisa. Las colocaba con tanta intensidad que en dos ocasiones un peón se le resbaló de entre los dedos temblorosos hasta caer al suelo; mi ya de por sí embarazoso malestar ante su anormal excitación se transformó en una especie de miedo. Porque sobre el hombre, que hasta entonces había sido tan tranquilo y sosegado, se había abatido una evidente exaltación; el espasmo regresaba con mayor frecuencia alrededor de su boca, y su cuerpo temblaba como sacudido por un repentino fiebrote.

—¡No! —le susurré en voz baja—. ¡No ahora! ¡Basta por hoy! Es demasiado agotador para usted.

—¡Agotador! ¡Ja! —rió él en tono alto y maligno—. ¡Podría haber jugado diecisiete partidas en lugar de esta patética farsa! Para mí, lo único agotador es no poder dormirme a este ritmo. ¡Ahora! ¡Empiece ya!

Esas últimas palabras las dirigió en tono vehemente y casi burdo a Czentovic. Este lo miró con frialdad y mesura, pero su mirada pétrea parecía una puñetazo apretado. De repente, se interpuso algo nuevo entre ambos jugadores: una tensión peligrosa, un odio apasionado. Ya no eran dos compañeros que se medían de manera lúdica, sino dos enemigos jurados a aniquilarse mutuamente. Czentovic dudó largo tiempo antes de dar la primera jugada, y me embargó la sensación inequívoca de que deliberadamente postergaba su acción. Aparentemente, el táctico entrenado ya había descubierto

que, precisamente por su lentitud, cansaba e irritaba a su adversario. Así, se tomó nada menos que cuatro minutos antes de realizar la apertura más normal y sencilla: adelantó el peón del rey dos casillas, como es habitual. Inmediatamente, nuestro amigo respondió con su propio peón del rey, pero una vez más Czentovic se sumió en una interminable y casi insoportable pausa; era como esperar a que, tras un fuerte relámpago, el trueno, que parecía tardar eternamente, finalmente llegara. Czentovic no se movía. Reflexionaba en silencio, despacio y —sentí cada vez con mayor certeza— con una lentitud casi maliciosa; y de ello me dio abundante tiempo para observar al Dr. B. Acababa de terminar su tercer vaso de agua; involuntariamente recordé que él me había hablado de su fiebre sed en la celda. Todos los síntomas de una excitación anómala se hacían evidentes; vi cómo su frente se humedecía y la cicatriz en su mano se volvía más roja y definida que antes. Pero aún se contenía. Solo cuando, en el cuarto movimiento, Czentovic volvió a sumirse en una reflexión interminable, su postura se quebró de repente, y lanzó:

—¡Juegue ya de una vez!

Czentovic miró fríamente.

—Según lo acordado, tenemos diez minutos por jugada. En principio, no juego con menos tiempo.

El Dr. B. se mordió el labio; noté cómo la suela de su zapato rebotaba inquieta y cada vez más bajo sobre el suelo, y yo mismo me sentí cada vez más nervioso ante la premonición de que algo absurdo se gestaba en él. De hecho, en el octavo movimiento se produjo un segundo incidente. El Dr. B., que había esperado de manera cada vez más descontrolada, ya no pudo contener su tensión; se movía de un lado a otro y comenzó a golpear la mesa con los dedos. De nuevo, Czentovic levantó su pesada y rústica cabeza.

—¿Podría, por favor, dejar de golpear? Me distrae. No puedo jugar así.

—¡Ja! —rió brevemente el Dr. B.—. Se nota.

La frente de Czentovic se sonrojó.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó áspero y con malicia.

El Dr. B. volvió a reír, corto y malintencionado.

—Nada. Solo que, aparentemente, está muy nervioso.

Czentovic guardó silencio y bajó la cabeza. Solo pasaron siete minutos antes de que hiciera la siguiente jugada, y a ese ritmo mortal la partida se arrastraba. Czentovic se volvía cada vez más rígido; finalmente, usaba el máximo de la pausa de reflexión acordada antes de decidirse a mover, y, de un intervalo a otro, el comportamiento de nuestro amigo se volvía extraño. Parecía como si ya no participara en la partida, sino que estuviera ocupado con algo completamente distinto. Dejó de pasearse febrilmente y se quedó sentado, inmóvil, en su sitio. Con una mirada fija y casi desquiciada al vacío, murmuraba palabras ininteligibles para sí mismo; o se perdía en combinaciones interminables, o, según mi más íntima sospecha, inventaba otras partidas, pues cada vez que Czentovic finalmente movía, había que llamarlo de vuelta de su ensimismamiento. Entonces, siempre necesitaba varios minutos para reubicarse en la situación; cada vez más, tuve la impresión de que, en realidad, él había olvidado a Czentovic y a todos nosotros en esa fría forma de locura, que podía descargarse de manera repentina con violencia. Y, de hecho, en el decimonoveno movimiento se desató la crisis. Apenas Czentovic movió una pieza, el Dr. B. empujó de repente, sin siquiera mirar el tablero, su alfil tres casillas hacia adelante y gritó tan fuerte que todos nos quedamos paralizados:

—¡Jaque! ¡Jaque al rey!

Esperábamos, con la expectación de un movimiento especial, fijamente el tablero. Pero después de un minuto ocurrió algo que ninguno de nosotros había anticipado. Czentovic levantó la cabeza, muy, muy lentamente, y miró —algo que hasta entonces jamás había hecho— de un lado a otro de nuestro grupo. Parecía disfrutar de algo inconmensurable, pues poco a poco se dibujó en sus labios una sonrisa satisfecha y claramente burlona. Solo después de haber gozado hasta el final de ese triunfo, aún incomprensible para nosotros, se volvió hacia nuestro grupo con una falsa cortesía.

—Lo lamento, pero no veo ningún jaque. ¿Acaso alguno de ustedes ve un jaque a mi rey?

Miramos el tablero y luego, inquietos, dirigimos la mirada hacia el Dr. B. El campo del rey de Czentovic estaba, de hecho, protegido—incluso un niño podría reconocerlo, pues un peón, completamente cubierto por el alfil, dejaba sin posibilidad de jaque al rey. Nos inquietamos. ¿Acaso nuestro amigo, en su exaltación, había movido alguna pieza de forma errónea, colo-

cándola un campo demasiado lejos o demasiado cerca? Al percibir nuestro silencio, el Dr. B. se fijó también en el tablero y comenzó a balbucear con vehemencia:

— ¡Pero el rey debe estar en f7... está mal posicionado, totalmente mal! ¡Ustedes han movido mal! Todo en este tablero está colocado de forma errónea... el peón debe estar en g5 y no en g4... ¡esto es una partida completamente distinta... Esto es...!

Se detuvo de repente. Lo había agarrado fuertemente del brazo, o mejor dicho, lo había apretado tan fuerte en el brazo que, en medio de su febril confusión, debió sentir mi agarre. Se volvió y me miró como un sonámbulo.

— ¿Qué... qué quiere usted?

No dije nada, sino "¡Recuerda!" mientras le pasaba el dedo por la cicatriz de su mano. Inconscientemente, él siguió mi movimiento, su mirada se fijó, vidriosa, en aquella raya roja de sangre. Entonces, comenzó a temblar de repente, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

— ¡Por Dios! — murmuró con labios pálidos — . ¿He dicho o hecho algo absurdo...? ¿Acaso he recaído...?

— No — le susurré en voz baja — . Pero debe abandonar la partida de inmediato, es el momento. ¡Recuerde lo que le dijo el médico!

El Dr. B. se levantó de un tirón.

— Pido disculpas por mi estúpido error — dijo con su antigua voz cortés, inclinándose ante Czentovic — . Por supuesto, lo que dije es un puro sinsentido. Naturalmente, la partida seguirá siendo suya.

Luego se dirigió hacia nosotros:

— También debo pedir disculpas a ustedes, señores. Pero ya se los advertí, no esperen demasiado de mí. Perdón por la vergüenza; fue la última vez que intenté jugar al ajedrez.

Se inclinó y se marchó, de la misma modesta y enigmática manera con la que había aparecido. Solo yo sabía por qué ese hombre nunca volvería a tocar un tablero de ajedrez, mientras los demás quedaban algo confundidos, con la vaga sensación de haber escapado por poco de algo incómodo y peligroso.

—¡Maldito tonto! —gruñó McConnor, decepcionado.

Como último gesto, Czentovic se levantó de su sillón y echó un último vistazo a la partida a medio terminar.

—¡Qué lástima! —dijo magnánimamente—. El ataque estaba dispuesto bastante bien. Para un diletante, este caballero es, en realidad, inusualmente talentoso.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**